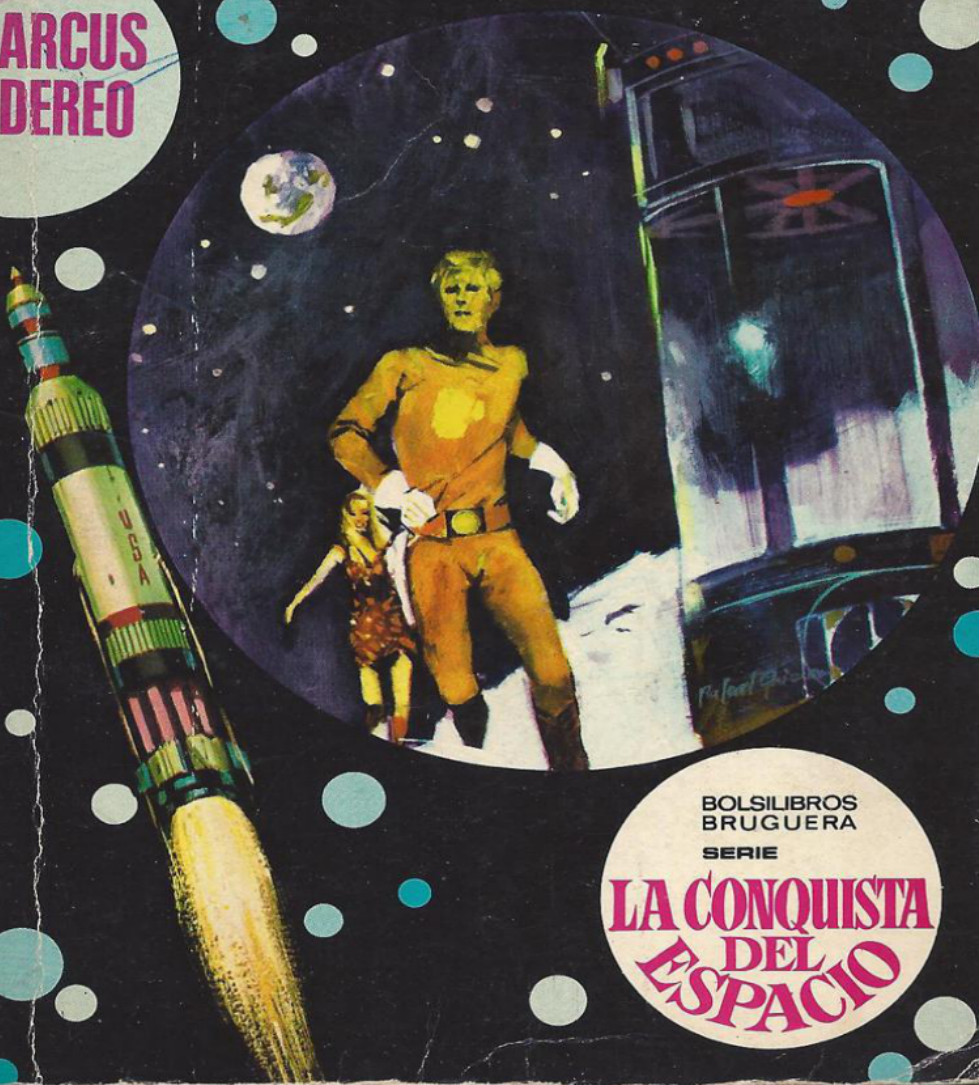
UN ENVIADO A LA TIERRA

30

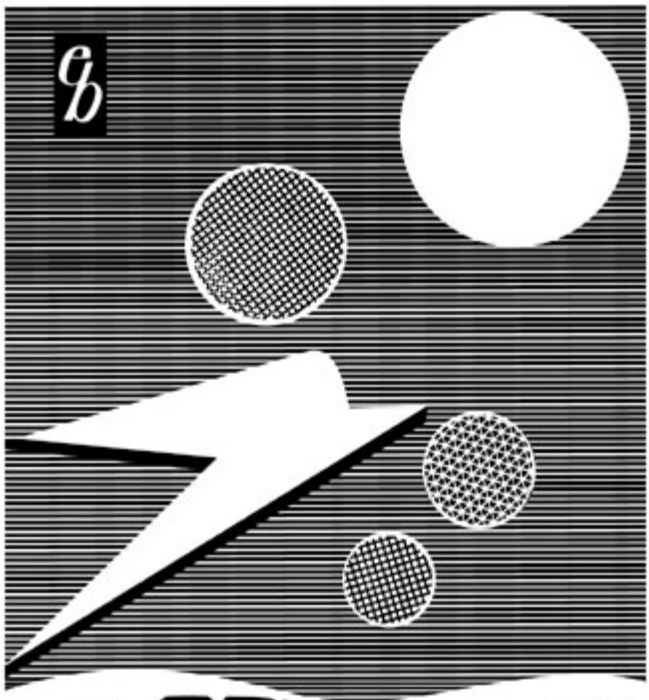
MARCUS SIDEREO



BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

9 – Planeta de mujeres. *Keith Luger*.
10 – Muñecos de muerte. *Marcus Sidereo*.
11 – Plaza para un planeta. *Glenn Parrish*.
12 – El canje. *Ralph Barby*.
13 – Fronteras del terror. *Peter Debry*.

MARCUS SIDEREO

UN ENVIADO A LA TIERRA

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 14
Publicación semanal
Aparece los VIERNES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 34.598 - 1970

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: noviembre, 1970

© Marcus Sidereo - 1970
sobre la parte literaria

© Miguel García - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos *a* favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona –1970

CAPITULO PRIMERO

El presidente de la Sociedad de Naciones estaba demasiado atareado para contestar llamadas que no habían sido solicitadas previamente.

Por esto recriminó la insistencia de su secretaria:

—Kora, le tengo dicho mil veces que cuando se trate de una llamada importante tome nota usted misma.

—Es que esta vez se trata de un caso especial, señor. Reuter alzó la mirada con gesto resignado: —Se pone usted pesada a veces, señorita Kora, y siento tener que emplear una expresión tan poco cortés... En el tiempo que lleva trabajando conmigo, sabe de sobras que todos quienes me llaman tienen cosas importantes que decirme. Importantes para ellos en la mayoría de los casos... Yo sé cuándo la llamada es realmente importante...

—Sí, señor, discúlpeme... Pero es que he comprobado en el computador la procedencia de la llamada y marca cero, por eso pensé...

Kora iba a salir del funcional despacho.

Reuter exclamó:

—Esto es una tontería.

Miró al «cerebro» de bolsillo instalado junto a su mesa de despacho y murmuró:

—Vea. En la pantalla de las llamadas, ni siquiera la acusa... No es una llamada importante. Gracias a la ciencia en nuestra época todo se puede detectar y simplificar bastante el trabajo..., a pesar del tiempo que usted me hace perder, señorita Kora. Buenos días.

—No volveré a molestarle, señor —repuso la secretaria.

—¡Ah! Y llame a la sección técnica para que arreglen el computador. Si no registra la procedencia de la llamada es que se habrá averiado.

—Sí, señor.

Kora cerró la puerta y fue directamente al fono-visor.

Resultaba bastante extraño que la pequeña pantalla que transmitía la imagen de la persona que llamaba estuviera completamente apagada, aunque a través del auricular sonara la voz pastosa, lenta y con un acento poco común.

—Lo siento, señor. Nuestro presidente está demasiado ocupado en estos momentos.

El interlocutor de Kora replicó:

:—Sé perfectamente en qué está ocupado su presidente, señorita. Todos los que tenemos la tarea para velar por la seguridad de un

planeta lo estamos. Pase la comunicación a su teléfono privado. Esto lo arreglaré yo en un momento y esté segura de que su querido señor Reuter se alegrará muchísimo de haber hablado conmigo.

—Deme el recado. Yo misma se lo pasaré.

—Tiene un bloc demasiado recargado, señorita Kora... Y mi llamada es muy urgente para esperar tumo.

Lo que más intrigó a Kora fue que el desconocido conociera su nombre. Claro que podía tratarse de alguien que ya hubiera estado en la sociedad alguna vez y la conociera personalmente.

—¿Quién es usted?

—Ya le dije antes que mi nombre no serviría de gran cosa... Pero insista acerca de su presidente para que se ponga al teléfono y se olvide por un momento de revisar los planos para la nueva estación espacial.

¡Era asombroso!

El trabajo de Reuter era completamente secreto. Sólo muy pocas personas conocían el proyecto que estaba estudiando el presidente.

—Lo siento... Me he ganado una reprimenda... No puedo insistir. No obstante, si me dice de dónde llama...

—Se lo diré, pero no va a creerme. Soy Akno, de Aknolia. Sus naves no pueden llegar todavía a mi planeta... En este aspecto están ustedes todavía un poco atrasados, pero en cambio poseen otras experiencias de las que nosotros carecemos y sería beneficioso por nuestros respectivos mundos poder tener un cambio de impresiones.

Kora estaba al borde del colapso. No sabía si quien hablaba le estaba tomando el pelo, o se trataba ciertamente de un ser de otro mundo.

De momento el computador no registraba llamada alguna. El que hablaba estaba al corriente de los secretos del presidente y además conocía el nombre de la secretaria.

Kora se armó de valor y ya se dirigía nuevamente a la puerta de su jefe cuando apareció Landan.

Landan era periodista, especializado en informar sucesos espaciales.

Landan, además sentía una tremenda debilidad por todas las mujeres en general y por Kora en particular.

—Hola, nena. Tienes cara de padecer problemas. ¿Cómo está hoy el ogro? ¿Se puede desvelar por fin el gran secreto?

—¡Oh, Landan! No es momento para bromas...

—¿Qué pasa? ¿Es que muerde?

—No seas sarcástico. El presidente tiene siempre mucho trabajo.

—En ver cómo gastar el dinero de los contribuyentes... La gente que quiere saber de esos vuelos regulares...

—Por favor, Landan... Hay una llamada que espera. Reuter no

quiere atenderla y «es importante que lo haga».

—¡Ah! ¿Sí? ¿Quién llama?

No puedo decírtelo.

—Guardaré el secreto.

—No lo harías.

—¿He faltado alguna vez a mi promesa? No estoy en misión informativa. Sólo he venido a verte a ti —sonrió él y trató de cogerla por los hombros.

—No deberías hacerlo. Reuter no quiere que en horas de trabajo...

Y Reuter apareció en el umbral de la puerta de su despacho.

—La estoy llamando, Kora... ¿Es que está sorda? exclamó avinagradamente, ignorando al periodista.

—Disculpe..., no he oído el zumbido.

—Pues es bien claro..., e inconfundible... Claro que no me extraña que no lo haya oído. —Y miró a Landan de arriba abajo—. No sé en qué pensaría cuando la acepté como secretaria, Landan se interpuso:

—Pensó que era muy eficiente y atractiva, y que tenía una gran personalidad,

—Joven... Haré que le retiren su pase para entrar en el edificio.

—Y yo diré que deja de atender llamadas importantes, cuando su obligación es resolver los problemas de donde quiera que vengan.

—Además es usted un impertinente.

—¿De qué nos serviría haber conquistado la luna y tener instalado casi un balneario en la estratosfera si tuviéramos que mordemos la lengua para no expresar libremente lo que pensamos? Y conste que no ha sonado ningún zumbido... Es vergonzoso que en la propia sede de la Sociedad de Naciones fallen los sistemas técnicos..., quizá por esto ese balneario del espacio ha sido un total fracaso.

—¿Ha terminado, Landan?

—No, señor Reuter... No he terminado. Se han gastado millones y hasta billones..., en la construcción de algo inútil. Se dijo que la estación giratoria serviría de enlace para los viajes a Júnior o a Strobel, pero no ha sido así... Algo falla allá arriba y seguimos gastando dinero alegremente sin conseguir nada positivo.

—Salga de aquí, Landan. Cuando tenga algo que comunicar a los medios de información le convocaré. Ahora tengo trabajo. ¿Quiere venir, Kora?

—Señor..., el teléfono... —empezó la joven,

—¿Otra vez?

Se hizo un silencio, la voz del auricular, que permanecía sujeto al soporte sonó potente, como si se tratara de un altavoz: —Un saludo cordial de Aknolia, querido presidente... Sírvase darme hora para que pueda recibir a uno de mis emisarios. Es todo lo que deseo.

Todas las miradas convergieron en el auricular. Entonces se

iluminó la pequeña pantalla y apareció algo difuminada la figura de una torreta metálica.

La torreta tenía dos ventanas rectangulares a modo de ojos. Otra ventana algo más grande en el punto donde los humanoides suelen tener la boca y cuando la voz llegaba hasta los presentes, esa ventana-boca emitía unos destellos.

—¿Le parece bien mañana, señor presidente? Ruego que atienda a mi enviado para... nuestro mutuo entendimiento futuro.

—¿Es... una broma? —musitó Reuter.

Landan se dispuso a salir:

—Por si acaso informaré a la gente.

—Se lo prohíbo, Landan. No diga nada de lo que ha visto ni oído.

La torreta emitió otro destello y la voz potente, pero reposada, concluyó:

—Mañana, a esta misma hora, señor presidente... No prepare ninguna comitiva especial... Mi gente es muy sencilla y no está acostumbrada a los anticuados protocolos... Que tenga una feliz jomada, señor presidente... ¡Ah! Y no me enojo por el tiempo que he tenido que esperar. Tengo trabajo como pueda tener usted, pero éste es un problema que en Aknolia hemos ya superado.

La imagen desapareció de la pantalla y el auricular del teléfono enmudeció.

CAPITULO II

Todos los detectores estaban pendientes del espacio. Los encargados de los distintos aparatos de radar intentaban captar el vehículo en el que se suponía iba a llegar el emisario de Aknolia.

Nadie sabía exactamente el porqué de tanta precaución, pero las órdenes del presidente habían sido tajantes.

Atención absoluta.

Y entretanto en Aknolia, un hombre de aspecto totalmente humano salió de una de las cabinas de la torre metálica.

Desde lo alto, las dos ventanas-ojos dominaban la ciudad circular.

Era una ciudad sin calles. Todos los edificios de una extraordinaria blancura, similar al poliestireno expandido, disponían de las ventanas en forma de ojos y boca.

Formaban círculos unidos por puentes levadizos, pero nadie cruzaba por ellos.

El ruido amortiguado de máquinas sugería la existencia de fábricas, pero... ¿Para qué? ¿O para quién trabajaban los empleados?

¿Y dónde estaba el resto de la gente?

Más allá, en el inmenso descampado desértico, no había nada, ni vegetación, ni agua...

Un suelo granítico, parecido al basalto, daba la impresión de pertenecer a un mundo de pesadilla.

El hombre totalmente normal, alto, vestido con un traje idéntico a los usuales en el planeta Tierra, caminó a través de un largo corredor solitario.

Llegó a un salón de proporciones inmensas y subió a la gran escalinata.

La escalera reluciente, con destellos metálicos, conducía a un rellano donde se alzaba un monolito.

El monolito era la parte sobresaliente de la torre de ventanas-ojos y ventana-boca.

Se quedó inmóvil, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, rígido y la mirada fija en el monolito.

Parecía un súbdito rindiendo extraño vasallaje a su rey.

—Perfectamente, Manu. Has adoptado el aspecto más conveniente... Eres inteligente y resultarás el individuo idóneo para la misión que se te ha encomendado.

La voz procedía de la ventana-boca del monolito que lanzaba destellos al hablar.

Manu, quedó en la misma actitud altiva y sumisa a la vez.

En silencio dejó que el monolito siguiera dándole instrucciones:

—Pero ten mucho cuidado, Manu... Tu inteligencia te ha creado ya demasiados conflictos. Eres rebelde y obstinado y has sido castigado por ello varias veces... Espero que con el éxito de tu misión borres tu pasado desordenado; un fallo no es posible en ti, y un solo acto de rebeldía que cometieses, acarrearía tu destrucción. Tú lo sabes.

Manu siguió silencioso.

—¿Has aprendido el idioma de los terrícolas?

—Sí. Es fácil —repuso por primera vez Manu.

—Me gusta tu aspecto. Aparentas esa edad que en la Tierra se calcula en treinta años. Eres apuesto. En la Tierra existe el amor... Tú no sabes qué es eso, Manu, pero se trata de algo muy peligroso. El amor destruye a los hombres porque sorben poco a poco ese veneno que allí llaman mujer. —La torreta hizo una pausa para proseguir—: Tú estás por encima de todo esto, pero no pretendas adaptarte. No eres un terrícola, perteneces a Aknolia y estarás bajo mi control en todo momento. Ahora repite cuál va a ser tu misión.

—Sí, Akno. Voy a repetir cuál va a ser mi misión.

La voz de Manu resultaba sonora, de buena fonética, agradable, casi acariciadora. La dicción era perfecta, sin acentos, sin giros extraños.

Sólo en él había un algo indefinido que haciéndole igual a un terrícola le daba un aire más sobrio, casi de autómata.

Sus facciones permanecían inmóviles, al hablar apenas movía los labios y su andar, aunque erguido y seguro, tenía también una peculiaridad difícil de describir.

Pero nada de lo apuntado podía delatarle como a un habitante de otro mundo. De un mundo a miles y miles de años luz del planeta Tierra.

La voz de Akno declamó su misión.

—Nuestros detectores han captado los planes del planeta Tierra. La similitud de nuestras atmósferas y el inmenso campo de gravitación, permitiría a los terrícolas, una vez construida la nueva estación espacial que han proyectado, descubrir el sistema para proyectarse a Aknolia con idéntica facilidad a la nuestra... A los intereses de Aknolia no conviene que seres de ningún otro planeta puedan un día ocupar nuestro territorio.

—Exacto —respondió la voz monolítica—. Esta es la situación. Sigue, Manu.

—Debo convencer al trío de profesores más importantes y que trabajan en los proyectos espaciales para una visita a Aknolia, y destruir todos los trabajos, planos y fórmulas que considere importantes, para que los terrícolas retrocedan en sus experimentos.

—Muy bien, Manu... La Tierra ha ido demasiado lejos en sus investigaciones y no puedo permitir que prospere. Al contrario,

debemos retrotraerla a los tiempos iniciales.

—Se hará como tú dices, Akno.

—Todavía hay algo más.

—Sí, Akno, destruiré las fuentes de energía más importantes, inmovilizaré las fábricas y los sistemas de detección.

—Sí, Akno... Y no olvides ganarte la confianza del presidente. Cuando les empieces a hablar de los adelantos de nuestra Aknolia pensarán que eres realmente un enviado de paz. Nunca deben dudar de ti...

—No dudarán.

—¿Dispuesto para la marcha, Manu?

—Dispuesto, Akno.

—Una última advertencia. No comuniques conmigo, salvo en caso necesario, pero tiene que ser muy necesario, y no olvides que en todo momento estarás bajo mi control. La distancia no es obstáculo para que pueda dirigirte..., y hasta destruirte si conviniera hacerlo.

—No lo olvidaré, Akno.

Una leve inclinación de cabeza, fue la despedida de Manu, que con su paso seguro y su mirada al frente descendió la escalinata para dirigirse hacia el corredor de cabinas.

Algunas estaban ocupadas por robots a perfecta semejanza humanoide.

Eran sujetos que permanecían inmóviles, como bólidos en un hangar.

A través del corredor, Manu llegó hasta una sala cuadrangular de regulares dimensiones.

En el centro había un pedestal metálico ligeramente elevado del suelo y en el techo una enorme pantalla plateada que cubría a modo de segundo techo toda la plataforma.

Un simple taburete del mismo color estaba en el centro de la plataforma circular.

Manu se sentó.

En un instante la pantalla se iluminó con una luz brutalmente cegadora.

Toda la plataforma tomó un color rojo de fuego vivo.

La figura de Manu se tomó transparente adquiriendo primero un color rosado, luego amarillento, para terminar en un azul pálido.

Al fin su silueta quedó enmarcada fugazmente y lo que había sido su contorno no era más que un circuito de chispa continua que acabó por desaparecer.

La pantalla se apagó y todo volvió a su posición normal.

Manu, sin embargo, ya no estaba allí.

Estaba en la Tierra.

CAPITULO III

Ni los superradares, ni los modernos detectores mostraban la menor señal.

Sin embargo, el hombre de aspecto elegante, de paso seguro y pose erguida estaba delante de la entrada principal del edificio de la Sociedad de Naciones, Su aspecto era el de un ciudadano más.

El soldado que estaba en la puerta le pidió el pase,

—No tengo pase, pero estoy seguro de que el presidente me recibirá.

—Lo siento, señor. Las órdenes son terminantes —replicó el soldado.

Los ojos de Manu se posaron en el soldado y un extraño fulgor brilló en sus pupilas.

El soldado por un momento creyó sentir un incipiente devaneo.

—Tengo que ver al presidente —insistió Manu.

—No... No puede ser.

Kora salió del ascensor y avanzó hacia el vestíbulo para salir.

—Es la hora de salida, señor... Venga en horas hábiles y solicite una entrevista a su secretaria. Es esa señorita, Manu había dejado de mirar al soldado que pareció recobrarse y puso su atención en la movediza Kora: —¿Usted es la secretaria de Reuter, verdad?

—Sí, señor. Puede venir mañana si lo desea..., pero no le aseguro que en los próximos días el presidente pueda recibirle.

—Me está esperando, señorita. Quizá haya oído usted hablar de quién me envía.

Ella estaba como fascinada por los ojos de aquel hombre, ¡por su postura, por su extremada sobriedad.

Frunció el entrecejo.

La escena tenía lugar en lo alto de la escalera que daba acceso a la puerta principal de aquel soberbio edificio desde donde el mundo y su destino eran dirigidos.

—¿Usted...? —empezó ella.

El se acercó al oído de la muchacha y le susurró unas palabras.

En la calle sonó insistentemente un claxon.

Al volante del automóvil iba Landan.

Los ojos de la muchacha se agrandaron y ni siquiera pensó en Landan en aquel instante.

—¿Pero..., cómo es posible...? Llevará algún documento. Usted..., usted parece...

—Un ser como ustedes. Lo sé. ¿Qué esperaban entonces?

Por una vez el rostro de Manu se dulcificó y en sus ojos brilló una

leve sonrisa.

—Venga conmigo, por favor —murmuró la muchacha anonadada, sorprendida y aturdida a la vez.

Landan, en el coche, se impacientó. Bajó y subió de cuatro en cuatro los escalones mientras sacaba su carnet que mostró fugaz y rutinariamente al soldado que estaba en la puerta.

No llegó a tiempo, sin embargo, para tomar el mismo ascensor en el que Kora y el habitante de Aknolia subían ya al piso del presidente.

—¿Cómo... ha llegado? —preguntó ella rompiendo un molesto silencio.

—Tenemos nuestro propio sistema de transporte. Ustedes no lo resistirían,

—¡Ah!

—Físicamente parecemos iguales, pero nuestros órganos son distintos a los de los habitantes de su planeta, señorita...

—Mi nombre es Kora, Llámeme así,

—Yo soy Manu.

Llegaron al piso.

Cruzaron el corredor cuyas puertas Kora abría con su placa de control remoto.

Llegó al cristal de seguridad y anunció su presencia.

El cristal se descorrió dejando franco el paso.

—¿Para qué sirve esto? —preguntó el de Aknolia.

—Para que nadie pueda pasar sin identificarse previa-, mente.

—Cualquiera puede dar su nombre —razonó él.

—No. Porque funciona con un sistema especial electrónico y sólo las voces previamente registradas hacen funcionar el mecanismo. La suya por ejemplo no surtiría efecto y el cristal no se abriría.

—¿Me permite hacer una prueba? —preguntó él.

El cristal había vuelto a cerrarse una vez pasaron,

—¿Le interesa? —sonrió ella.

—No me interesa el mecanismo en sí, sino comprobar si es cierto que el cristal sólo obedece a determinadas voces.

—Lo es.

—Vamos a verlo.

Se colocó delante del cristal,

—¡Manu! —dijo.

Y ante el asombro de la muchacha,; el cristal volvió 9 descorrerse.

—¡Es... es increíble! Esto no había sucedido nunca. Sólo muy contadas personas...

El la atajó con una sonrisa:

—No hay nada extraordinario, Kora. Su sistema fonético es distinto al nuestro. La electrónica combinada al timbre de la voz humana es útil a ustedes y puede servirles de seguridad, pero nuestras

vibraciones son totalmente distintas y se adaptan a todos los sistemas.

—Bueno… Empezaré a creer que es usted un mago.

Tras ellos, con la pequeña pérdida de tiempo apareció Landan, el periodista.

Se identificó y el cristal descorrióse de nuevo.

—¿Debo esperarte todavía mucho rato? —protestó el periodista—. Tienes un horario, ¿no?

—Landan, no seas descortés. Este señor ha hecho un largo viaje para hablar con nuestro presidente.

—No me dirás que es…

Kora efectuó las presentaciones y Landan, sin mostrar asombro ni extrañeza extrajo una diminuta máquina fotográfica de bolsillo.

—Voy a tomarle la primera foto. Esto va a ser sensacional.

—¡No, Landan! Espera a que Reuter te dé el consentimiento…

—Bueno… Espero no querrá guardar eternamente el secreto. Noticias así no se pueden ocultar a la opinión. ¿Me permite esa foto, Manu?

La respuesta del enviado de Akno fue una sonrisa.

Landan sacó varias diminutas placas y luego guardó la máquina en el bolsillo:

—Espero que se me permitirá la entrada cuando tenga lugar la entrevista oficial.

—Por mí, encantado, Landan —repuso el hombre de Aknolia.

—¡Vaya un recibimiento para alguien que viene de tan lejos!

—Así ha sido mejor —repuso Manu—. Me gusta la sencillez. Después de todo no soy ningún ser extraordinario,, Cuando quiera, Kora.

—Sí, por aquí.

La pareja se alejó y el periodista quedó observando la normal corpulencia de aquel hombre alto, físicamente bien parecido y correcto en sus maneras.

—Esto va ser un notición… Lo más importante de nuestra era. ¡Un hombre de Aknolia! —sonrió abiertamente para sí mismo—. Y nosotros tratando de encontrar el modo de utilizar la estación interplanetaria… Seguimos en pañales.

Manu desapareció con Kora tras la puerta del despacho privado del presidente de la Sociedad de Naciones.

CAPITULO IV

Manu se interesó vivamente por todas las instalaciones que le fueron mostradas.

El presidente Reuter no quiso tener secretos para él, viendo que, por su parte, Manu ayudaba a los profesores a resolver los problemas más difíciles.

En el laboratorio del veterano Van Hoffen, uno de los mejores técnicos de la astronáutica y el diseñador de los planos de la nueva estación interplanetaria tenía un problema ante la pizarra.

—Vea esto, Manu... Cuando consiga resolverlo tendré la fórmula que necesito para la rampa automática que proyecte nuestras naves desde la Nueva Estación. Hemos conseguido el combustible para los viajes de larga duración, pero los problemas de despegue fuera de la órbita de la Tierra siguen frenando nuestros avances.

—No creo que resuelva gran cosa cuando concluya esa sencilla ecuación.

—¿Sencilla?

—Elemental, diría yo... Hágalo de otra forma. Veamos...

Cogió el cepillo de limpiar la pizarra y borró los números.

—¡Cielos! ¿Qué hace? Me ha costado meses de trabajo llegar hasta aquí.

Tanto el presidente como los que le acompañaban tenían los ojos puestos en Manu.

El de Aknolia tomó tranquilamente la tiza, la miró con curiosidad y comenzó a escribir rápidamente con la mano zurda.

En breves momentos planteó y dejó resuelto un problema que Van Hoffen tuvo que parpadear varias veces para cerciorarse de que estaba soñando, —¡Es asombroso!

—No, querido profesor... Cuando venga usted y sus colegas a mi planeta verán cómo las cosas que para ustedes les resultan difíciles, allí son sumamente sencillas; sin embargo, pueden ayudamos a resolver otros asuntos para los que no estamos preparados. Mi visita es, pues... de mutuo interés científico, y por mi parte estoy encantado de hallarme con ustedes y poderles ayudar en lo que me sea posible.

Sus palabras, su forma de expresarse y comportarse no podían inspirar la menor desconfianza.

Nadie podía, ni remotamente, pensar cuál era la verdadera misión de aquel hombre en la Tierra.

—Bien, caballeros. Creo que hoy ha sido un día agotador... Mañana mostraremos las fábricas a nuestro querido invitado —propuso el presidente—. Y esta noche daré una recepción en su

honor... La noticia ha sido dada y todo el mundo desea conocerle... Procuraremos complacer a todos, procurando no fatigarle demasiado... Veamos... Mi secretaria tiene el plan de trabajo.

Kora, al lado de Landan, se aproximó con su bloc de notas.

—A las siete, emisión especial de televisión, seguida de una rueda de prensa, luego recepción en el Palacio Internacional, a continuación, sesión especial de espectáculo en el...

—Por favor... —interrumpió el hombre de Aknolia—, preferiría algo más sencillo. No puedo negarme a presentarme en público, pero sin pecar de descortés preferiría que suprimieran las recepciones, la cena y todo lo demás... Es muy interesante su planeta y sería agradable ver otras cosas.

—Pero...

—No necesito mucho tiempo y puede que ya no vuelva más...

—Tiene razón —adujo Van Hoffen—. Yo también pienso lo mismo, y me gustaría ser su acompañante.

—Preferiría, si no lo toman a mal, que fuera Kora quien me acompañara. En realidad, se trata de la primera terrícola agradable con la que hablé a mi llegada.

El presidente sonrió, replicando:

—Ya lo ha oído, Kora. Usted será la guía oficial de nuestro invitado.

Landan frunció el entrecejo.

Después, almorzando fugazmente los dos a solas, el periodista gruñiría:

—Este trabajo no te corresponde. Tú eres sólo la secretaria de Reuter. No tienes por qué hacer el parabién a ese tipo, venga de donde venga.

—¿Y a ti qué puede importarte todo esto?

—Me importa porque me gustas.

—¡Vaya! Una manera muy original de decirlo... Pero olvidas que te gustan todas.

—Tú de una manera especial... Y teniendo en cuenta de que la gente todavía se casa...

—¡Landan!

—Bueno. No creo que haya dicho nada de otro planeta. Yo..., ejem... Lo he pensado varias veces.

—Landan... Es una verdadera lástima que no tenga tiempo. Reuter me espera.

—Reuter y el tipo ese...

—Es muy correcto, Landan. Ahora no puedo volverme atrás. Se llevaría una pésima impresión de los terrícolas..

El periodista gruñó algo ininteligible.

—No te preocupes. Su estancia no será muy larga...

—¿Dónde tenéis que reuniros?

—Después de su alocución en las cadenas de televisión.

—-¿Y dónde diablos está ahora?

—En su alojamiento, seguramente. Pidió estar solo.

—De todos modos... —murmuró el periodista, pensativo—. Es..., es algo extraño,

—¿En qué sentido?

—No sé... Todo su aspecto es normal, pero tiene algo..., algo indefinido que le hace distinto.

—Yo lo encuentro absolutamente normal —repuso ella.

—Sí... Y seguramente hasta atractivo.

—No estés celoso.

—¿Pensarás en lo que te he pedido? ¿Pensarás en mí?

—Mmmm..., desde luego, Landan, desde luego que lo pensaré. Pero ahora no puedo perder ni un minuto. Reuter tiene un montón de trabajo preparado para mí.

*

Manu, sin embargo, no estaba en la habitación del alojamiento que le había sido asignado.

Llevaba mucho tiempo lejos de él.

Había regresado a uno de los laboratorios.

De su bolsillo había extraído un pequeño fumigador que accionó a distancia después de manejar un pequeño botón.

De inmediato, los dos soldados de la policía militar que custodiaban la entrada de las instalaciones cayeron como fulminados.

Posteriormente la puerta se abrió.

Manu penetró libremente, y cuando llegó a una de las naves, se cruzó con él un jefe militar.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

Manu se limitó a mirarle.

Sus ojos despedían un extraño fulgor, algo irresistible.

El militar hizo de nuevo la pregunta:

—¿Quién... es... usted?

Pero sintió que las fuerzas le faltaban.

Se llevó la mano a la cabeza.

Lentamente, se desplomó sin sentido, como si repentinamente le hubiese entrado un sueño imposible de dominar.

Manu se inclinó para recogerlo.

Buscó en derredor y vio tras unos cristales una especie de salita de espera.

Se encaminó hacia allí.

El cristal no tenía resorte y comprendió que se trataba igualmente

de uno de los vidrios de seguridad.

—¡Manu! —dijo simplemente.

El cristal se descorrió.

Poco después, el hombre de Aknolia dejó al militar sentado en un confortable sillón.

Desde el corredor difícilmente podrían verle.

Salió otra vez y con paso rápido y firme se dirigió a uno de los laboratorios.

Rápidamente reunió unas cuantas mezclas químicas e hizo varias combinaciones.

Tomó unas libretas de apuntes, y al ver que no era nada interesante las dejó donde estaban.

Recordaba anteriormente haber estado en un compartimiento acorazado donde varias cámaras de seguridad servían para guardar documentos de alto interés científico y estrictamente secretos.

Examinó la primera de las cámaras y después de un segundo de inmovilidad total pareció haber dado con lo que buscaba.

Sacó el mismo aparato que había utilizado anterior-! mente para fulminar a los guardianes.

Manipuló en el botón y se encendió una luz de aspecto ultravioleta.

Después de un instante la puerta de la cámara se abrió como si hubiese sido manipulada con la combinación exacta.

Manu sacó documentos, datos, todo lo que le pareció más importante.

Guardóse algunas de las fórmulas y varió otras.

Buscó en las otras cajas, que abrió con idéntica facilidad.

Deambuló por otras dependencias. Borró la fórmula que anteriormente había anotado en la pizarra de Van Hoffen.

No había puerta ni cristal que se resistiera a su paso.

Los pocos que trabajaban, a pesar de la hora del almuerzo, estaban encerrados en sus despachos,, Si alguien cruzaba por alguno de los corredores, Manu procuraba evitarle.

Utilizó otra salida, y al llegar al vestíbulo y ver a un soldado vigilando la puerta, hizo uso nuevamente de su pequeño fulminador.

Aquel rayo invisible tumbó al soldado, que ignoraba .por completo de dónde procedió el ataque.

Tranquilamente, salió del inmenso laboratorio.

CAPITULO V

Manu intentó orientarse.

Dio la vuelta al edificio, justo cuando la patrulla de relevo de la guardia descubrió a los dos primeros soldados tumbados.

Un suboficial se inclinó hacia ellos.

—No están muertos. Parecen como desmayados o narcotizados... Esto es muy extraño.

Dio órdenes para que tres de los seis fuera hacia la otra entrada.

—Tú ve a dar la alarma... Calmers, llama por teléfono al departamento que envíen refuerzos. Esto ha sido un sabotaje y puede que el autor esté todavía en el edificio.

Manu quiso evitar a los tres hombres que vio doblar Ia esquina hacia la entrada que había utilizado.

Corrió en dirección a la carretera para alcanzar la línea de setos del otro lado.

—¡Alguien va por allí! —exclamó uno de los soldados,

—Parece que ha salido del edificio.

—¡Alto! ¡Alto! —exclamó el que había hablado primero,

Manu estaba bastante lejos, pero todavía se encontraba a tiro de las modernas metralletas.

Los soldados comenzaron a disparar.

Manu corría en zig-zag.

La andanada de plomo buscaba su cuerpo.

Saltó prodigiosamente hacia el canalón de la cuneta y sacó de su bolsillo el diminuto aparato, no mayor que un encendedor normal. Graduó el botón.

—¡Está ahí! —gritó uno de los soldados y saltó hacia delante.

Los otros le siguieron.

Las balas de sus armas rebotaban muy cerca de donde se encontraba Manu, que accionó el botón, y el primero de los soldados frenó bruscamente su carrera.

Manu saltó para ir hacia los setos.

Su pie tropezó con una piedra y su aparato se le escapó de las manos.

Se revolvió para alcanzarlo, y entonces varias balas se incrustaron en su cuerpo.

Lanzó un grito y retrocedió.

Sentía una extraña impresión en su interior.

—Le he dado, le he dado. Está herido —afirmó uno de los soldados.

—¡Cuidado! ¡Va a entrar ahí y será difícil encontrarle!

—Ya vienen los otros.

El tiroteo había puesto en estado de alerta al resto de la tropa.

Manu jadeante cruzaba por entre la espesa vegetación.

Cayó dos veces con aquel dolor nuevo para él.

Sin el pequeño aparato auto-defensivo no podía hacer que sus perseguidores se detuvieran.

Cayó por tercera vez y trató de recobrar las energías perdidas.

Oía las voces de sus seguidores.

—No podrá escapar.

—Disparad, seguid disparando... Estará escondido en alguna parte.

Otra voz conminó:

—¡Salga con las manos en alto y respetaremos su vida!

—¿Quién es? —inquirió uno de los refuerzos recién llegados.

—No hemos podido verle. Estaba muy lejos y empezó a correr. Es rápido como un galgo,

Manu lo estaba oyendo.

Silencioso, y con movimientos ágiles y felinos,; se arrastró.

Al cabo de unos instantes se desabrochó la camisa, y de alguna parte de su cuerpo extrajo un pequeño artefacto de forma cúbica.

Pulsó un botón apenas visible y surgió una pequeña antena.

Inmediatamente la antena se dirigió por sí misma señalando determinada dirección.

Tomó el rumbo indicado por la antena.

Más tarde, visiblemente fatigado, se encontró ante una pequeña charca.

Varios helicópteros estaban rodeando la zona.

Tenía que salir a un descampado con peligro de que le vieran.

Enfocó el aparato hacia el agua, que, lentamente, comenzó a cambiar de color, produciendo destellos eléctricos.

Aquel pequeño artefacto generaba una energía tremenda, produciendo una serie de contactos que transmitían al agua una poderosa fuente de electricidad galvánica.

Manu salió de su escondite para sumergirse en el agua.

La charca se cubrió de una azulada humareda, mientras el helicóptero sobrevolaba la zona.

Se había perdido todo rastro del hombre que estaban buscando.

*

Manu pidió comunicación con el número de Kora.

Estaba tumbado en la cama de su habitación en el hotel.

La empleada que le atendió murmuró a través del hilo:

—¿Kora qué más, señor?

Manu pensó un instante.

—Es la secretaria del presidente de la Sociedad de Naciones. Es urgente que hable con lia.

-—Un momento, señor. Trataré de localizarla.

Manu ofrecía visibles muestras de un agotamiento progresivo.

Esperó varios minutos.

La pantalla del teléfono se iluminó y en ella apareció el afable rostro de Kora.

—Manu... Le están esperando en la emisora. ¿Le ocurre algo?

Kora podía ver el rostro del humanoide a través de la pantalla.

—Está en la cama, ¿verdad? ¿Se encuentra mal?

—No hable con nadie de esto, Kora, y venga, por favor... Necesito verla.

—Pero... ¿Y el reportaje?

—Busque una excusa... Ustedes lo llaman así, ¿verdad? Aplázelo para otro momento. Venga en seguida, —Sí, Manu, Desde luego —prometió ella.

CAPITULO VI

Cuando Kora apareció en la habitación del hombre de Aknolia, le encontró vestido, impecable, con su faz adusta, con su aspecto austero.

—Bueno. Ya estoy aquí... ¿Qué le ocurre?

El tenía la pantalla del televisor en funcionamiento. Un locutor estaba informando.

—«La policía militar sigue buscando las huellas del hombre que esta tarde entró en los laboratorios espaciales... Sigue el misterio en torno al suceso... Se sabe que este hombre ha sido herido. No se ha podido obtener ninguna descripción exacta. Se supone se trata de un agente de una potencia enemiga a la Sociedad de Nacio...»

Manu cortó la comunicación.

—¿Por qué me ha llamado? —insistió ella,

—Necesitaba a alguien en quien confiar,

—¿Le ha ocurrido algo?

—Estoy..., Io que ustedes llaman enfermo. Necesito trasladarme a una de sus fábricas generadoras de energía nuclear.

—¿Una fábrica de...? ¿Qué le ocurre, Manu? Puedo avisar a un médico...

—No. Uno de sus médicos no podría hacer nada por mí.

—No es posible entrar en una fábrica de energía nuclear sin una autorización especial... Tendría que avisar al presidente.

—No... Nadie debe enterarse,

—Pues no sé cómo conseguirlo.

—Inténtelo, Kora. Usted es inteligente...

—¿Qué le ocurre, Manu?

—No puedo explicarme.

—Hay una fábrica bastante lejos. En las afueras. Puedo llevarle en mi automóvil,

—Vamos, entonces...

—Pero, ¿qué excusa damos a los de la televisión? El presidente está esperándole... No he sabido qué decirle.

—Llámele ahora mismo. Dígale que..., que prefiero aplazar la emisión para otro día, que estoy cansado, —Manu, ¿para qué necesita entrar en la central nuclear?

—No puedo decírselo.

Tras un silencio, ella murmuró.

—Manu... ¿No será usted al hombre que buscan?

—¿Qué hombre?

—Ahora mismo han dado noticias en la televisión. Usted la tenía

conectada,

—No haga preguntas estúpidas. Si de veras quiere ayudarme..., lléveme a esa central. Le aseguro que corresponderé a tan gran favor.

—Está bien, Manu. No sé si hago bien o no. Usted me inspira confianza... a pesar de todo.

Salieron del hotel.

El moderno vehículo esperaba abajo.

Ella se puso al volante y Manu se sentó a su lado.

La carrera por los pasos elevados fue rápida, Kora era una excelente conductora.

Manu parecía aguantar con firmeza, pero su rostro expresaba un rictus de dolor que difícilmente podía contener.

—Aquí es —dijo ella, deteniendo el vehículo en el gran parque que circundaba la central—, Pero está vigilado. Sin pase no será posible franquear la entrada.

—Usted aguarde aquí... Ya veré el modo de entrar.

—Manu...

—¿Qué?

—Sólo conseguirá entrar por la fuerza.

—¿Qué sugiere usted, entonces?

—'Espere... Tengo a un amigo, hablaré con él, cuando sepa que usted es el hombre de Aknolia tal vez...

—No... Eso no debe saberlo nadie, Kora,

—¿Por qué?

—Lo que tengo que hacer aquí es un secreto.

Tras un largo silencio, ella preguntó serenamente:

—¿Por qué le han enviado aquí, Manu?

El después de otra larga pausa, murmuró simplemente:

—No tema que sabotee su fábrica. Se lo aseguro, ¿No me cree?

—Quisiera creerle, pero todo esto no es normal.

—Kora... Me gustaría que confiara en mí. Nadie ha confiado en mí nunca. Usted es distinta. Yo... Yo jamás había conocido a una mujer.

Ella le miró extrañada, confusa.

—¿En su planeta... no hay mujeres?

—No, Kora.

—No lo sabía.

—Hay muchas cosas que usted ignora. Confíe en mí, le repito que no se arrepentirá.

En el intuitivo corazón femenino surgió esa decisión nacida de un sexto sentido.

Kora no estaba segura, pero mirando los bellos ojos de aquel hombre extraño decidió ayudarle.

Si en aquel instante le hubiesen preguntado por qué lo hacía, no habría sabido contestar con exactitud.

Por un instante, vio a un ser necesitado, a un hombre solo en un país desconocido para él, Le ayudó...

*

El soldado encargado de la vigilancia de una de las puertas de emergencia era un viejo conocido de la secretaria.

Ella le entretuvo.

—Creí que estarías .en los Estudios de la televisión con ese individuo. Me gustaría verle. Ya he observado fotografías, parece un tipo cualquiera de la Tierra.

ˆ—Sí, verdaderamente...

—Pero... ¿Qué haces aquí?

—No sé... Me aturde tanta gente. Tengo una misión específica para cuando termine la emisión, estoy dando un paseo. Me encanta la soledad y esto es bonito... Hay un bello jardín.

Atrajo al soldado incitándole a que diera un paseo.

La noche era tranquila y, normalmente, jamás ocurría nada.

El soldado se alejó hacia la esquina cuando ella, señalando una fuente con surtidor le hizo unas preguntas intrascendentes sobre ella.

Aquellos momentos durante los cuales el soldado estuvo distraído, sirvieron a Manu para que se acercara a la puerta, La diminuta antena le sirvió para que la cerradura cediese.

Volvió a cerrar y se adentró por las inmensas naves de la central atómica que suministraba la energía de todo un continente.

Los empleados del tumo cuidaban de controlar las oscilaciones del cerebro que regía la central de una forma rutinaria, propia de quien hace las cosas a diario.

Manu procuró pasar inadvertido y buscó en los distintos departamentos lo que necesitaba.

Un indicador, tras una puerta que prohibía la entrada sin las debidas precauciones hizo pensar unos instantes al hombre de Aknolia, que al fin se decidió a cruzar el umbral.

Tras una cabina acristalada vio una especie de homo mecanizado.

Había algunos aparatos, manos artificiales para manipular los objetos, un pequeño generador, un «cerebro» de tamaño reducido y otras cosas que, aunque distintas a las de su planeta, comprendió su significado.

Entró a pesar del anuncio del peligro radioactivo.

En la cabina vio aparatos para soldaduras.

Miró a través del cristal del homo el circuito producido por la energía.

¡Aquello era lo que buscaba!

Comenzó a desnudarse.

CAPITULO VII

El hombre que salió de la central nuclear era el mismo Manu que había entrado furtivamente, pero su rostro había cambiado por completo.

Ya no era el ser angustiado. Volvía a ser el Manu de cuando había llegado a la sede de la Sociedad de Naciones.

De regreso en el vehículo que conducía Kora, murmuró:

—Nunca le agradeceré bastante lo que ha hecho por mí, Kora. Ahora sé que puedo confiar en usted y mi gratitud será eterna.

—Podría demostrarme su agradecimiento explicándome cuál es su verdadera misión en la Tierra.

—Eso carece de importancia ahora. Preferiría no tener que hablar de cosas oficiales.

—Bueno. Al menos, me satisface saber que he podido hacer algo por usted.

—Lo ha hecho y mucho.

—Estaba usted herido, ¿verdad? —soltó ella,

—¿Herido? No conozco el significado exacto de la palabra.

En Aknolia ustedes deben tener armas,

—¿Armas?

—¿Nunca han tenido guerras?

—Aknolia es inexpugnable, Kora. Una fortaleza, como ustedes llamarían. No necesitamos armas, pero nadie podría atacamos.

—¿Y no sabe qué cosa es estar herido?

El no contestó y ella también guardó silencio.

*

Manu se comportó en la televisión como un perfecto conocedor de lo que es una entrevista.

Siempre correcto, atento, despejado...

—¿Considera nuestro planeta muy atrasado con respecto al suyo?

—En ciertos aspectos, sí; en otros, en cambio, no. Por esto precisamente es por lo que puede interesamos un mutuo acuerdo.

—¿Cuándo piensa partir con nuestros tres mejores profesores?

—Cuando ellos lo dispongan. No tengo ninguna prisa y me propongo visitar algunas de sus ciudades.

—¿Qué se llevaría de nuestro planeta para Aknolia?

—Pues... Es difícil de contestar esas preguntas, pero tal vez... Ia ilusión.

La respuesta había dejado asombrados a la mayoría.

—¿La ilusión? Explíquese.

—La ilusión por conseguir algo que no se posee. La esperanza de obtenerlo, el esfuerzo... Es un ansia que mantiene al hombre, pero cuando se posee lo que uno puede desear falta esa ilusión.

—¿En Aknolia tienen todo lo que desean? —preguntó el locutor.

Aquella vez la respuesta de Manu se hizo esperar. Sus ojos se tornaron rememorativos y pareció menos espontáneo que en las siguientes respuestas.

—Tenemos muchas cosas, pero sin duda nos faltan otras.

—¿Disponen de cerebros electrónicos?

—Sí.

—¿Cuál es la vida normal en su planeta, Manu?

—Distinta, desde luego.

—¿Cuántos habitantes tienen?

El bombardeo de preguntas continuaba y Manu no daba la menor muestra de fatiga.

Cuando, al fin, la entrevista se dio por concluida, los agentes de la seguridad tuvieron que estrecharse para formar una doble cadena a fin de proteger al extranjero.

Manu se metió directamente en el vehículo donde Kora esperaba.

—Vamos a cualquier parte -—pidió él.

Poco después estaban en uno de los restaurantes de más prestigio.

El Tubular Club, de paredes romas, butacas movibles y mesas con servicio automático.

Cada botón pulsado era un plato que surgía de inmediato, perfectamente preparado, del hornillo disimulado en la pared junto a la mesa.

Todo era automático y la concurrencia llenaba por completo el espacioso local.

Manu probó un plato, pero dejó el resto.

—¿No le gusta nuestra comida? —preguntó ella.

—Podría ser nociva para mí. No estoy acostumbrado.

—Es un guisado de ternera. Está preparado con los mejores ingredientes y contiene las vitaminas y proteínas necesarias...

El la cortó y le mostró un pequeño tubo del que extrajo una tableta.

—A mí me basta esto.

—¿Todos toman píldoras en Aknolia?

—Pues sí...

—¿No hay otra clase de alimentos?

—Los hubo alguna vez, pero estas épocas han sido superadas.

—Manu... Hay tantas cosas que quisiera preguntarle de un planeta como el suyo... En la tierra, en el siglo XX, el hombre llegó a la Luna y el mundo creyó que se había alcanzado lo máximo a que podía

aspirarse, luego empezaron las exploraciones hacia otros planetas y llegados a lugares inhóspitos, pero para ir más lejos fue necesario construir una estación interplanetaria y se necesitó otro siglo... Estamos como usted dice en los inicios de todo. Nos faltan naves para que puedan salvar las enormes distancias, en cambio, usted viene de tan lejos... Sin embargo, hay algo que me sorprendió, algo que dijo usted antes, —¿Qué?

—Que no existen mujeres en Aknolia.

—No. El amor es algo prohibido. No tendría razón de ser,

—¿Y cómo..., cómo se reproduce la especie?

—¿Le gustaría ir?

—Sí.

—¿Ha efectuado algún viaje espacial?

—Sólo hasta la estación interplanetaria. Nuestro récord son dos largas jomadas de vuelo, un gran paso si consideramos que la distancia es diez veces superior a la nuestra Luna, —Aknolia no le gustaría, seguramente. Ustedes viven en un paraíso.

—¿Usted cree?

—Sí... Y no hablemos más de mi planeta... Deseo conocer la Tierra. Vayamos a otra parte.

Había un deje de tristeza en la expresión de aquel hombre. También Kora, como antes había dicho el periodista Landan, empezaba a encontrarle algo extraño... Algo que no podía definir.

Al cruzar la pista vieron a algunas parejas bailando con el sonido de ultrafidelidad.

Cualquier orquesta quedaba suplida con las notas de una música perfectamente grabada y mejor interpretada.

—¿Por qué bailan? —preguntó él.

—Es una vieja costumbre que con el paso de los siglos no se ha extinguido —replicó Kora.

—¿Cree que es divertido?

—Sí. ¿Quiere probar?

—No. No, vamos —repuso él, tomando la delantera.

*

Un helicóptero movido por energía nuclear fue puesto a disposición del visitante de Aknolia.

Manu consideró que no necesitaba ningún piloto para conducir.

—¿Cree que podrá manejarlo? —preguntó ella.

El tomó los mandos.

—Es elemental, primitivo diría yo.

—¿Cómo se desplazan ustedes? —quiso saber la joven.

—Somos transportados por una corriente especial.

—¿Cuánto tiempo tardaría en llegar a Aknolia?

—No existe en mi planeta la palabra tiempo. Bastaría tener que emprender el viaje para situarme en Aknolia en el mismo instante.

—Es fabuloso.

—Tal vez usted lo consideró así.

Volaban ya por los aires.

La velocidad del pequeño helicóptero sin alas era impresionante. Tampoco a bordo de la pequeña nave parecí, existir el tiempo.

En breves momentos saltaron a otro continente.

Se mezclaron con la gente.

La noche para ellos fue un continuo salto de ciudad en ciudad.

Las modernas urbes situadas donde antes estuvieron selvas vírgenes o desiertos tenían una absoluta semejanza entre sí.

En todas partes las gentes hacían cosas parecidas, la estructura de las casas y rascacielos bien poco variaba y los bólidos atómicos que se desplazaban de un lugar a otro poblaban el firmamento de pequeñas lucecitas semejantes a estrellas.

La diferencia horaria alargaba la noche. Yendo en dirección oeste, la noche parecía eterna.

Al fin, en algún lugar, no importaba dónde ni cuál, el hombre de Aknolia se decidió a bailar.

Cuando se juntó con Kora, ella sintió el contacto de la poderosa musculatura de Manu.

—Por ser la primera vez que baila no lo hace nada mal.

—Gracias —murmuró él.

Seguían el compás de una música melódica, pegadiza, apta para enamorados, en un ambiente de media luz.

Él conservaba su apostura como si el cansancio no hiciera mella en su cuerpo poderoso y fuerte.

Kora sí acusaba el esfuerzo, pero se encontraba bien al lado de aquel ser extranjero, misterioso, distinto.

En la *boite*, algunas parejas se besaban y Manu preguntó: —¿Por qué hacen esto?

—Se quieren —explicó ella.

Y Manu, instintivamente, acercó sus labios a los de la mujer.

Ella quiso retirarse, pero se sintió momentáneamente atraída y aceptó el beso.

Fue una breve unión de sus bocas.

El pareció conservar su sempiterna frialdad, pero ella sintió cómo un escalofrío recorría su columna vertebral.

De repente, Manu pareció quedar pensativo, como si acabara de oír una orden que nadie más que él pudiera escuchar.

—Lo siento —dijo—. Tengo que dejarla.

Se separó casi con brusquedad ante la extrañeza de Kora.

Poco después estaban en el helicóptero.

Ya no volvieron a hablar en todo el camino, como si en un momento dado una barrera invisible se hubiese interpuesto entre los dos.

CAPITULO VIII

Si en algunas capitales, por ley inexorable del cambio de horario seguía siendo de noche, en la sede de la Sociedad de Naciones lucía un esplendoroso sol, cuando Manu y Kora regresaron.

El fue directamente a su hotel.

Allí sostuvo una extraña conversación.

—Te estás comportando de un modo peligroso, Manu *—decía la voz.

Era Akno y su voz sonaba pastosa, metálica, espaciada. Hablaba el idioma terrícola.

—Tú no puedes ser un hombre como los demás... Perteneces a mi comunidad. No eres un humano, pero sé que desearías serlo.

—No hay ningún mal en ello, Akno, pero descuide,; sé cuál es mi obligación —repuso él.

De nuevo la voz del jefe sonó a través de la diminuta caja cúbica con antena adosada.

—He seguido tu rastro, Manu y estás desperdiciando el tiempo y ahora corres el riesgo de enamorarte.

—No.

—Esa muchacha terrícola es peligrosa. Te hablé del veneno del amor, pero tú estás buscando la ocasión. Termina de una vez, Manu. Destruye todo, Hazles retroceder y llévate a los profesores.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo. Utiliza una de sus naves para llegar Basta la estación interplanetaria que poseen. Uno de nuestros antiguos bólidos les transportará hasta Aknolia.

—¿Y yo qué debo hacer, Akno?

—Irás con ellos. En ningún momento deben perder su ¡confianza contigo. Y hoy has estado a punto de fracasar,.

—¿Esto es todo?

—No. Debes llevarte también a la mujer.

—¿A Kora?

—Sí. Presiento que te ha tomado una gran simpatía. Esto puede ser peligroso.

—Akno... Estoy dispuesto a cumplir fielmente sus órdenes, pero ella me ha salvado, no quiero que le ocurra nada.

—¿Qué has dicho?

—Que no deseo...

—¿Desde cuándo puedes tener deseos? Me perteneces, Manu. Soy tu dueño y señor. No eres más que un muñeco que puedo fulminar ahora mismo. ¿Lo has olvidado?

—No, Akno. No lo he olvidado.

—Prepáralo todo para salir cuanto antes, y destruye de Una vez lo que me interesa.

—Sí, Akno.

El contacto quedó cerrado y Manu se tumbó pensativo Sobre el lecho,

*

—¿Te divertiste mucho anoche? —preguntó Landan de mal talante.

—No lo pasé mal —repuso ella en la cafetería del edificio de la Sociedad de Naciones con visibles huellas en los ojos propias de quien ha pasado una noche sin dormir.

El periodista murmuró algo ininteligible.

—No me gusta ese tipo, nena... No lo puedo remediar,, Cuando se me mete algo en la sesera...

—Eres incorregible. Te comen los celos... Pero no te preocupes, pronto se irá.

—Me gustaría saber qué clase de intercambio de información precisa... No ha sido muy explícito. Al parecer, en su planeta gozan de los máximos adelantos. ¿Qué pueden enseñarle Van Hoffen y los otros?

—¿Por qué no vas con ellos en calidad de informador?

—Ya lo he pensado y lo he pedido. Iré.

—¡Magnífico! A mí también me gustaría ir.

—¿Un viaje tan largo? No, nena. Ni lo sueñes. Tú aquí, haciendo de secretaria al todopoderoso presidente... Por cierto..., ¿qué ha dicho sobre ese supuesto ataque al laboratorio espacial?

—Nada. Ha pedido toda la información, pero no es mucha.

—No se sabe quién fue... Pero Van Hoffen dijo que alguien había borrado la fórmula que el propio Manu le facilitó.

—¿Eeh?

—Y hay más aún, nena... Mientras vosotros os encandilabais escuchando a ese apolíneo charlatán de otro mundo. yo hacía mis averiguaciones... Han ocurrido otras anomalías en el laboratorio.

—No sabía nada,

—Se abrieron las cajas fuertes y algunos datos y documentos han desaparecido y otros fueron cambiados.

Ella guardó silencio.

—Se está abriendo una investigación con el máximo secreto, porque quien pudo abrir las cajas sin forzarlas tenía que ser alguien que conociera las combinaciones y la contraseña para abrir los cristales de seguridad... Los controles electrónicos sólo obedecen las

voces registradas.

La muchacha sintió un escalofrío.

Tenía la sospecha de que Manu hubiera podido tener algo que ver en todo aquello, y ahora, recordando con qué facilidad usando su propia voz no registrada había conseguido abrir el cristal de la antesala del presidente, aquellas sospechas se acentuaban.

Pero, por otra parte, recordando su comportamiento y su voz, que tan sincera sonaba, se decía a sí misma de que todo resultaba demasiado contradictorio.

Landan continuó:

>—Sin embargo, el militar que fue hipnotizado o algo por el estilo, dijo que vio a un hombre desconocido, pero su rostro se le ha borrado por completo de la imaginación. Todo esto es muy extraño y empiezo a tener mis sospechas —¿Qué crees?

—Que este emisario de Aknolia quizá no sea un verdadero mensajero de paz.

Ella calló.

—¿Sabes algo?

—No... No exactamente.

—Kora... Si lo sabes tienes el deber de advertirlo,

—Te digo que no sé nada.

—¿A qué se debió el retraso de Manu, anoche? Llegó con media hora de retraso.

—Está fatigado —mintió ella,

—Kora... Creo que le estás encubriendo.

—Está bien Landan. Yo también tuve mis sospechas, pero... su comportamiento es tan correcto. —Hizo una pausa y añadió—: Anoche le llevé a la central nuclear, —¿Qué?

—Tenía precisión de ir. No parecía encontrarse muy bien.

—¿Y cómo conseguiste entrar?

—Eso no tiene importancia ahora.

—¿Te imaginas lo que hubiese ocurrido si comete un sabotaje?

—Me dio su palabra de que no haría nada.

—¡Su palabra! ¿De qué sirve la palabra de alguien que ni siquiera sabemos si es un hombre?

—Claro que es un hombre... Pero obedece órdenes. Estoy segura,

—¿Por qué?

—No me lo preguntes, no sabría contestarte, pero parece como si todo lo que está haciendo es a disgusto, —Habla con tu jefe. Explícale lo de vuestra visita a la central.

—¿Para qué?

—¡Quién sabe qué diablos estuvo haciendo allí!

—Dijo que lo necesitaba. Cuando salió parecía haber mejorado.

—¿Estaba herido?

—No sabe qué cosa es estar herido.

—Al hombre que suponen que entró en el laboratorio le hirieron,

—El no parecía estar herido, más bien... enfermo.

—Kora... Hay otro detalle muy curioso, extraño, fantástico casi...

—¿Qué detalle?

—Se encontraron las huellas en el lugar donde cayó alcanzado por las balas.

—¿Y qué?

—Asómbrate... No había ni una sola gota de sangre, y se da por descontado de que, por lo menos, tres balazos llegaron a su cuerpo... ¿Cómo te explicas que no hubiese el menor rastro de sangre?

CAPITULO IX

—Este es un asunto muy delicado —murmuró el presidente.

Kora y Landan estaban en el despacho sin más testigo.

La idea de hablar claramente a Reuter había partido de Landan.

—Si permite que ese extraño se lleve a nuestros tres mejores investigadores, suya será la responsabilidad y no espere que yo lo silencie.

—Comprendo su punto de vista, Landan, pero no tenemos prueba de que Manu haya sido el responsable de lo ocurrido.

—¿Y qué hay de lo de la visita a la central nuclear?

Reuter miró a su secretaria.

—Eso debió advertírmelo, Kora.

—No ocurrió nada, señor. Por otra parte, usted le dio toda clase de facilidades, la visita a la central y a otros centros estaba igualmente programada. Usted mismo lo hubiera autorizado.

Reuter quedó pensativo.

—Todo son suposiciones... En dos días, Manu se ha hecho extremadamente popular... Hay que contar con la opinión... ¿Qué pasaría si todo resultara una falsa alarma? Hubiéramos mostrado nuestra desconfianza a alguien que puede ayudarnos mucho.

Se hizo un silencio. El presidente volvió a tomar la palabra para decir:

—Es todo demasiado delicado —repitió—. No puedo tomar una decisión por mi cuenta. Necesito convocar una reunión de emergencia.

—Manu ha pedido marcharse cuanto antes —adujo Kora.

—Se le da una excusa —repuso el periodista,

Reuter se volvió hacia la muchacha,

—¿No pudo sacarle nada de los motivos que tenía para visitar la central nuclear precisamente cuando era esperado en la rueda de la televisión?

—No —replicó ella.

—Hay un sistema para saber si es el hombre que buscamos o no,

—¿Qué sistema? —inquirió el presidente.

—Se supone que está herido. Tendrá cicatrices, o marcas...

—Haría falta hacerle desnudar. ¿Con qué pretexto?

—Una visita médica de interés científico. Es lógico que los doctores sientan curiosidad por la anatomía de quien viene de un lugar que está lejos, tan lejos y que, aparentemente, es idéntico a nosotros .

—Sí... Pero si él no accede.

.—Se le obliga. Usted sabrá encontrar los medios.

El presidente tomó una decisión,

—Kora... Convoque una reunión de emergencia. Quiero a. todos los miembros de la Sociedad aquí en menos de veinticuatro horas.

—Sí, señor.

—En cuanto a usted, Landan, ya sé que no siente demasiada simpatía hacia todo lo que huela a oficial. Particularmente no le soy simpático. Lo siento, tengo más trabajo y responsabilidades de las que supone y procuro cumplir, pero ahora he de rogarle que guarde silencio sobre todo lo hablado. Es mejor no alarmar a la gente sin motivo ni mostrar desconfianza sin otras pruebas que vaguedades o suposiciones.

—Descuide. Pero después de la reunión, todo será distinto. Me reservo el derecho de exponer libremente mis sospechas.

Landan dejó el despacho.

Kora tenía abundante trabajo para comunicar con toda la tierra la urgente reunión.

Pero entretanto...

*

La voz de Akno sonaba a través del diminuto receptor unido al cuerpo de Manu por una cadenita.

El hombre de Aknolia acababa de ser informado del aplazamiento del viaje y comunicaba con su jefe.

—El presidente me ha rogado una espera. Quiere dar cuenta a los miembros de la Sociedad.

—No te fíes y actúa de prisa. No te dejes sorprender, Manu. Tal vez sospechen. Si ves algún inconveniente, ataca. Tienes y tendrás todo mi apoyo. Deja conectado el micrófono, quiero captar todo lo que se hable en torno tuyo, —Sí, Akno.

—Esta noche lo cortaste.

—Sería un descuido.

—No quiero descuidos de esta clase.

—No volverá a ocurrir.

El presidente, personalmente cortó la conversación al hacerse anunciar. Poco después entraba en el alojamiento de Manu.

—Siento molestarle, pero entre otras cosas quisiera pedirle que accediera a ponerse a disposición de la Sociedad de Médicos. Les gustaría examinarle, —No estoy enfermo.

—Es natural que sientan curiosidad por su anatomía.

—Soy físicamente igual que cualquiera de ustedes.

—Aún así...

—Lo siento, señor presidente, no accederé. No soy lo que ustedes

llaman un fenómeno de feria, y esto que me pide no entra en los planes de mutua cooperación.

—Bien... no creí que lo tomara a mal —se excusó Reuter.

—No lo tomo a mal, simplemente me niego.

—Está en su derecho.

El presidente habló de algunas ambigüedades y, al fin, al ir a dejar la estancia, lanzó de pronto: —Manu... Mi secretaria me dijo que había usted insistido en ir a la central nuclear,

Manu ni siquiera pestañeó.

—Si ella se lo ha dicho...

—Teníamos prevista una visita oficial. ¿Por qué tuvo que ser precisamente cuando todo el mundo le esperaba?

—Su mentalidad es distinta de la mía, presidente. Es posible que no lo entendiera.

Y Manu dio por terminada toda posible controversia.

Poco después el presidente comentaba el asunto con su secretaria y Landan.

—Quizá Kora podría convencerle. De Io contrario, por las buenas, no veo el modo de que podamos examinarle y no es cuestión de emplear la violencia a menos que nos diera motivos para ello.

—De un modo oficial no puede hacerse —replicó Landan—. Pero existen otros medios. Déjelo de mi cuenta.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó Reuter.

—Todo lo posible para que tenga que ser reconocido por un médico.

—No, Landan. Ten cuidado —murmuró la joven.

—No te preocupes. No le causaré demasiado daño... A lo sumo un chichón, lo suficiente para que quede inconsciente.

—Yo no sé nada de esto, Landan. Es bajo su responsabilidad.

—Responsabilidad que acepto, señor —repuso el periodista.

CAPITULO X

Fue a media mañana cuando Manu llegaba a la sede de la Sociedad de Naciones.

Entró siendo reconocido por todos los que se cruzaron con él a su paso y subió directamente al piso de Reuter.

Con su voz y dando su nombre hizo que la puerta se abriera y entonces caminó hacia el despacho de Kora.

Ella se sorprendió al verle.

—No debió haberle hablado de mi visita a la central nuclear, Kora —murmuró sin preámbulos.

—¿Eeeh?

—Ahora sé que están tramando algo. De momento demoran nuestro viaje y sospechan de mí. Lo leí en los ojos del presidente cuando estuvo a verme. La supongo enterada.

Ella asintió,

—¿Por qué quieren reconocerme los médicos?

—Creen que usted fue el hombre que estuvo en el laboratorio.

Tras una pausa, Manu buscó la cadenita y pulsó el diminuto botón que cerraba el contacto.

—Escúcheme bien, Kora. Corro un grave peligro si desobedezco las órdenes. Estoy vigilado. No puedo escapar a la influencia de mi jefe, huya usted. Váyase lejos, váyase con ese periodista.

—Pero... ¿Por qué?

—Tengo orden de llevármela, Kora,

—¿A mí?

—Sí. Y no regresará. No quiero causarle ningún daño.

.—Pero...

—Usted me salvó.

—Manu... ¿Qué ha venido a hacer? ¿Qué será de los profesores si consienten que se los lleve?

—No puedo contestarle. Ni puedo decirle nada más. —Volvió a coger la cadenita—. Y no hablemos más de esto. Cualquier cosa que se diga puede ser escuchada.

—Usted confía en mí...

—Sí. Porque he descubierto el amor, aunque esto me esté vedado.

—No regrese, Manu. Quédese aquí. La gente le admira, usted tiene conocimientos, puede ser una gran ayuda para todos.

—No puedo. Arriesgo mi vida. La estoy arriesgando ahora. Haga lo que le he dicho, huya. Tendré una excusa para no llevármela. ¡Silencio!

Abrió nuevamente el contacto;

Ella comprendió,

*

Más tarde, Manu estaba en las cercanías del laboratorio buscando el pequeño artefacto que había perdido.

Tenía que estar en el canalón donde se parapetó durante los disparos.

Fue entonces cuando vio llegar a la patrulla en el helicóptero.

No se movió.

Todos le reconocieron.

—¡El hombre de Aknolia!

En los rostros de los seis policías militares podía leerse la satisfacción por hallarse en presencia del hombre del momento.

Llovieron las invitaciones y las preguntas.

Manu tuvo frases amables para todos.

—¿Buscaba algo? —preguntó al fin uno de ellos.

—No. Me encanta la vegetación. En Aknolia no la tenemos.

Cuando los soldados montaron de nuevo en el helicóptero, Manu siguió buscando.

Metido entre los yerbajos encontró aquella diminuta arma de tan eficaces resultados.

Se dirigió a la estación más próxima de helicópteros y tomó uno pretextando ir a dar una vuelta.

No le quedaba demasiado tiempo para proseguir su labor destructora.

La central nuclear.

Las estaciones de control y radar.

La fábrica de naves.

Las distintas fórmulas de los otros dos laboratorios.

Se detuvo en las cercanías de la fábrica de naves tras el rápido vuelo.

No se exigía ningún pase especial y deambuló por el lugar.

Fijó su atención en la pequeña edificación, situada casi a la entrada del recinto.

Un muchachito de unos diez años salió de la casa y se quedó mirándole,

Al fin, el pequeño se decidió a avanzar.

—Hola… Tú eres el hombre del espacio, ¿verdad? Te vi en la televisión.

—Sí. ¿Y tú quién eres?

—Mi papá es el portero. Hoy es sábado y tengo fiesta en la escuela.

—¡Ah!

—¿Es verdad que usted no necesita naves para trasladarse de un lugar a otro?

—No. No las necesito.

Una mujer salió de la casa.

—¡Pepino! ¿Dónde te has...? ¡Oh! No molestes al señor.

También la madre del muchacho reconoció al hombre de Aknolia.

—Buenos días... Espero que mi hijo no le haya molestado.

Había curiosidad en los ojos de la mujer, y también en la de algunos obreros que pasaron cerca.

—Discúlpenos, señor... Tengo otro niño, menor que éste y está enfermo.

El pequeño Pepino intervino:

—¿Por qué no entra a verle, Manu?

—¿Qué podría hacer yo?

—No molestes... —insistió la madre.

—Manu sabe muchas cosas. Vive en un planeta mucho más adelantado que el nuestro. ¿Verdad, Manu?

—Pero yo no soy médico.

El chico pareció mirarle con cierta desilusión.

—Bien. Entraré.

Pepino saltó de alegría,

Manu siguió a la mujer y al niño.

Poco después el hombre de Aknolia estaba en la cabecera de la cama del niño.

—¿Qué tiene?

—Una dolencia crónica. Lesión en las arterias. Necesita mucho descanso, y de cuando en cuando la enfermedad entra en un período crítico y entonces precisa de muchos cuidados —explicó la madre.

—¿Puede curar a mi hermano, Manu? —preguntó Pepino.

—Ya te he dicho que no soy médico, pero... si es el corazón... —Pensó unos instantes y, al fin, sacó el pequeño artefacto parecido a un encendedor.

—Salgan un momento. Voy a intentar algo, no les puedo garantizar los resultados, pero... con probar no se pierde nada, y no perjudicará absolutamente al pequeño.

La madre quedó un poco dubitativa, pero Pepino se hallaba entusiasmado.

Le dejaron a solas.

—No temas, pequeño —murmuró el hombre de Aknolia.

Colocó el dispositivo en la forma adecuada y dirigió uno de los rayos invisibles hacia la parte media del pecho a la altura del corazón.

—No siento nada —dijo el enfermo, un año menor que Pepino.

—No, claro que no.

Transcurrieron unos segundos y el niño murmuró:

—¡Oh! Parece que puedo respirar mejor...

—Es posible. Ahora deberías dormir un poco —y varió de posición el botón del aparato y lo enfocó brevemente a las sienes del niño.

Los ojos del pequeño fueron cerrándose.

Luego salió de la estancia.

—Cuando despierte se encontrará mejor. De todos modos consulten a su médico.

—¡Te lo dije, mamá! Manu lo puede todo. Es superinteligente...

—No exageres. Todos dependemos de algo o de alguien. Yo soy, ni más ni menos, como cualquier otro de mis congéneres de Aknolia.

—No debería usted irse, Manu —replicó el chico.

—No puedo quedarme en tu planeta para siempre.

—Todo el mundo le admira.

Manu se despidió para proseguir hacia las naves.

«Todo el mundo le admira.»

Aquellas palabras las tenía grabadas en su mente.

Una voz interrumpió sus pensamientos:

—Te estás volviendo peligrosamente sentimental.

.—¿Porque he curado a un niño?

La voz de Akno siguió a través del pequeño receptor:

—Te gusta que te adulen. Yo te he dado el poder que ahora tienes — No lo olvides, Manu. Cumple tu deber, porque lo que doy puedo quitarlo.

A pesar de ser sábado, algunos obreros trabajaban en menesteres urgentes. Al ver al hombre de Aknolia se volvieron hacia él.

—Espero no molestar, pero me gusta ver cómo hacen estas cosas.

—A usted deberá parecerle anticuado, pero para nosotros es el último modelo —dijo alguien.

—Sigan, sigan trabajando... ¿Dónde está la sala de control?

—En la nave siguiente, arriba, pero no se puede entrar. Ahora no hay nadie.

—Ese sí puede entrar. No vendrá a robar ningún plano. Cualquiera de las naves de su país nos dan ciento y raya a las nuestras —espetó otro.

—Bueno... Siga usted hacia la otra nave. Nosotros somos responsables, pero a un hombre como usted no se le puede negar nada.

Manu avanzó solo.

De nuevo pensó en la confianza que todos tenían en él. Confianza que iba a traicionar.

En su corta estancia al planeta Tierra había aprendido muchas cosas que en Aknolia echaba de menos.

Había aprendido que la gente se amaba, se divertía, confiaban los unos en los otros y existía un mutuo respeto y hasta libertad.

Decidió regresar sin llevar a término lo que había ido a hacer.

Cuando más tarde regresó al hotel, Landan le esperaba en su habitación con un revólver.

CAPITULO XI

Cuando entró, las persianas estaban corridas y el dormitorio se hallaba en la penumbra.

Tras la puerta, el periodista levantó el arma.

Apenas Manu cruzó el umbral, la diestra de Landan bajó rápidamente y el revólver chocó contra la cabeza del hombre de Aknolia.

El golpe fue contundente, pero el efecto completamente nulo.

Manu se revolvió.

Su puño derecho chocó con fuerza contra la mandíbula del periodista, que se estrelló contra la pared para caer totalmente inconsciente.

El propio Manu le reanimó.

—¿Por qué hizo esto? —preguntó.

—Hummm... ¿Qué tiene en la cabeza? ¿Acero puro- —replicó el periodista, friccionándose la barbilla.

—No me ha contestado.

—No pretendía matarle..., sólo dejarle inconsciente,

—-Usted no puede dejarme inconsciente a mí,

—Tan seguro está.

—Sí.

—Sin embargo, me consta que fue herido... Estuvo usted en el laboratorio espacial. Le vieron huir. No hay pruebas, pero fue usted...

El otro guardó silencio.

—Manu... ¿Por qué se niega a que le examinen los médicos? Verían las cicatrices de las balas, ¿verdad? Y usted tendría que explicar cómo ocurrió y dónde y por qué le hirieron.

—¿Le manda el presidente?

—No. Esto es obra mía. Quiero desenmascararle. Usted es un traidor. No ha venido en son da paz.

—Landan, voy a darle un consejo. Llévese a Kora. Váyanse lejos los dos.

—Tiene mucho interés por Kora...

—Ella me ayudó y me gusta. La quiero.

—¿Qué?

—No tema. Ella es para usted.

—No le entiendo. ¿Qué se propone?

—Mi vida está en juego, Landan, y no puedo hacer otra cosa que cumplir las órdenes recibidas. —Mientras sostenía la conversación con el periodista había cerrado el micrófono sujeto a la cadenita.

—Pretende raptar a los profesores.

La conversación quedó interrumpida con Ia llegada de la muchacha.

—¡Oh...! ¿Están aquí...? —balbució cuando Manu le franqueó la entrada.

—¿Qué has venido a hacer? —inquirió Landan.

—El pretende salvamos. No quise que le causaras ningún daño.

—Ya le ves tan campante...

La amargura de Manu se había acentuado en su rostro.

—Hagan lo que les digo. Ya no puedo hacer más por ustedes.

—¿Y qué será de los profesores?

.—¿Y del resto de la humanidad?

—Está bien. Voy a correr graves riesgos, pero he estado pensando en algo... Esos hombres, Van Hoffen y los otros, es posible que puedan hacer mucho por nosotros.

—¿Por quiénes?

—Por Aknolia.

—Ustedes viven en un mundo súper adelantado.

—¿En qué Landan?

—Sólo hay que ver la forma de pasar de un planeta a otro. Nosotros nunca lo conseguiremos.

—Quizá sea mejor.

—No le comprendo, Manu —insistió el periodista.

—No importa... Ahora ya lo he pensado bien... Necesito a los profesores, pero no para Akno, sino para ir contra ellos, para que Aknolia llegue a ser un planeta como fue mucho antes de que la Tierra existiera. Pero tienen que ayudarme.

—¿Ayudarle a raptar a los profesores? —inquirió, incrédulo, Landan.

—Es igual. Si no lo hacen será peor... En el supuesto de que un ejército entero intentara impedirlo, sería aniquilado en muy escaso tiempo.

—Por la fuerza indestructible dé Akno.

—Pero usted no puede consentir que nada les ocurra. Le hemos tratado bien. Todo el mundo le admira —adujo Kora.

El hombre de Aknolia replicó tristemente.

—El que rige mi destino puede destruirme cuando quiera; si me niego a obedecer acabaré pata siempre.

—Este es su problema... No le dejarán salir. También aquí disponemos de fuerza. Usted no puede ser indestructible, ni usted ni sus compatriotas...

—En este momento lo sol. Lo somos todos, a menos que la destrucción provenga de nuestro jefe, o que ocurra un accidente..., como los balazos que recibí —replicó Manu sin negar, —¿Los balazos...?

—Sí. No pensé que la funda protectora me hiciera falta... Pero ahora la llevo y ningún balazo podría inmovilizarme, pero aun en el supuesto de que cayese vendrían más y más... Créanme, yo respondo de los profesores. Ellos pueden ayudamos y ayudarme a mí.

Indicó con el índice que guardaran silencio y volvió a conectar el transmisor miniatura que colgaba de su cuello.

*

Apenas quedó a solas, la voz de Akno se hizo sentir:

—Estás tramando algo, Manu, pero no te servirá de nada.

—-Voy a regresar de acuerdo con lo previsto —replicó el servidor de Akno.

—¿Por qué cierras el transmisor? Sabes que es inútil ocultarme nada. Es como si viviera dentro de ti. Ya no te necesito, Manu... Desde ahora vas a seguir moviéndote con la angustia de que en cualquier momento puedo hacerte volar.

—¡No, Akno! ¡Espera!

—Terminó tu destino, Manu. Tú mismo te lo has buscado.

—Akno.., Esa gente es buena... Su atraso es demasiado considerable para pensar que un día puedan llegar a inquietamos... Déjales en paz.

—Cuando doy una orden, debe cumplirse, Manu. Los terrícolas pueden llegar a ser un peligro, y los peligros hay que evitarlos, no combatirlos.

—Akno... Yo te garantizo...

—Tú no puedes garantizar nada. Estás bajo mi control. Eres una vulgar molécula de mi cerebro... Has querido independizarte, jugar a tu antojo y sabes que esto no es posible. Adiós, Manu.

El contacto se cerró.

Manu apretó los puños.

Sabía que no era fácil que su jefe pudiera rectificar. En todo caso, tendría que ofrecerle una prueba de su buena voluntad.

Arrasar una ciudad entera, destruir, matar...

Y él también estaba en peligro.

Pensó en el monolito, pensó en el mecanismo interior. Bastaba una simple pulsación y su cuerpo quedaría convertido en la nada...

¿Cuánto tiempo le quedaba de vida?

CAPITULO XII

Manu corrió desesperadamente al laboratorio,

—¡Necesito hablar con Van Hoffen!

Había orden de no dejarle pasar. Alguien había mencionado su visita a la fábrica de astronaves.

El presidente estaba reunido con miembros de la seguridad nacional.

Landan había expuesto también lo que sabía.

—Parece sincero. Es un hombre atrapado que está en apuros, pero no podemos arriesgar la vida de los profesores.

—Soy de la misma opinión —objetó uno de los jefes de la seguridad.

—Entonces den orden de cerrarle todas las puertas. De evitar que entre en ninguna dependencia oficial.

Pero la orden ya estaba dada, y los soldados que custodiaban la entrada al laboratorio espacial le encañonaron con sus armas.

—Abran paso... Sus armas no sirven contra mí.

Los soldados dudaban en disparar. Hasta aquel instante habían admirado al hombre del espacio, pero las órdenes eran órdenes, y éstas no podían ser más tajantes: «Disparar en caso necesario».

—Les repito que sus balas no pueden perjudicarme.

Quiso avanzar, y un soldado disparó.

Las balas rebotaron en su cuerpo, la invisible capa protectora era completamente eficaz.

Derribó de un empujón a uno de los soldados.

Otro siguió disparando inútilmente.

Manu corrió hacia la entrada, mientras sonaba la sirena de alarma.

Cruzó el vestíbulo y abrió con su voz el cristal de seguridad que aislaba las dependencias interiores.

Se cruzó con algunos guardianes en el pasillo, pero continuó su carrera.

El edificio se pobló de disparos,

Manu seguía corriendo.

Al fin llegó al laboratorio de Van Hoffen.

—Profesor. Necesito su ayuda,

—¡Manu!

—Me persiguen...

-—Sí, lo sé...

—Profesor... Yo borré los signos que había escrito en su pizarra. Le daré todas las fórmulas que necesite, pero ayúdeme antes de que sea demasiado tarde.

Llevaba el micro desconectado. Su jefe no podía oírle, pero en cualquier momento podía pulsar el botón fatal.

—Mire, Manu... Yo no sé lo que pretende usted, pero sabe más de lo que yo podría aprender aunque viviera dos siglos... —repuso Van Hoffen—. No pienso que pueda hacerme ningún daño...

—No se lo haré profesor, pero necesito algo que me libre de cierto contacto que me une con Akno.

—¿«Algo»? ¿A qué se refiere?

—Profesor... Sólo usted va a conocer mi secreto, pero antes vea esto. Y mostró la cadenita sujeta al micro-transmisor.

—Sí.

—Esto me mantiene en contacto con Aknolia, pero no sólo sirve para transmitir c recibir órdenes sino que va unido a mi cuerpo y conectado por algo parecido a lo que ustedes llaman radio a una onda que puede estallar de un momento a otro... Necesito desprenderme de esto.

—¿Y cómo puedo hacerlo?

—Yo se lo indicaré si usted dispone del instrumental necesario.

—¿Me propone una especie de operación quirúrgica?

—Sí. Pero no puede practicarla un médico.

—Comprendo... Ahora dígame ese secreto.

Por toda respuesta Manu comenzó a despojarse de sus ropas...

*

Los otros dos profesores se habían reunido con el presidente y los jefes de la seguridad.

—Ustedes estarán debidamente protegidos, pero conviene que no abandonen para nada el edificio. Los sótanos son sólidos. En caso de emergencia permanecerán allí hasta que se les indique que el peligro ha pasado —indicó el jefe de la seguridad.

Entonces comenzaron los disparos.

A través de un fono-visor, el presidente recibió la información.

—Nos atacan del exterior, señor. Son indestructibles.

—¿Quiénes son?

—Véalo usted cismo, señor. Conectó con la cámara del vestíbulo.

La cámara del teléfono pasó al soberbio vestíbulo del edificio.

En Ia puerta, «tos hombres metálicos, robots de tres metros de altura aproximadamente, avanzaban con paso firme.

De sus manos —auténticas garras puntiagudas—, surgía una lluvia de fuego destructor.

Una chispa derribaba a un hombre y lo derretía.

—Es una especie de espuma corrosiva... Que les ataquen con lanza llamas. —La orden provino del jefe de la seguridad.

Una compañía entera de soldados provistos de lanza llamas nucleares intentó acorralar a los robots, pero el fuego de los artefactos resultó completamente inútil.

Los robots avanzaban sembrando muerte y destrucción.

Uno de los tabiques del edificio se derrumbó.

Otro quedó completamente taladrado.

Los empleados intentaban huir, mientras lo robots alcanzaban el ascensor.

—¡Es imposible contenerles! ¡Cierren todas las puertas de seguridad! —ordenó el presidente—, y ustedes diríjanse al sótano por la escalera privada.

Las puertas fueron cerradas.

Gruesas planchas de acero aislaron las distintas dependencias igual que si se tratara de compartimentos estancos.

Los dos profesores custodiados por dos guardias, se dirigían al elevador privado para ir directamente al sótano.

—¡De prisa! ¡De prisa!

Sin embargo, ya dentro del ascensor, quedaron bloqueados.

La cabina no bajaba.

El sistema eléctrico dejó de funcionar.

Y los dos robots avanzaban derribando los tabiques de acero con una aparente leve presión de sus poderosos brazos.

Los cristales inastillables se hacían añicos cuando los dos monstruos clavaban en ellos sus uñas.

Estaban ya cerca del corredor a cuyo final estaba el ascensor.

—Vuelvan al despacho del presidente —ordenó uno de los policías, mientras sacaba su arma para hacer fuego contra los monstruos metálicos.

Las balas rebotaban, lanzando destellos, contra aquellos cuerpos, sin dañarles en absoluto.

Eran realmente seres indestructibles.

CAPITULO XIII

El laboratorio de Van Hoffen se había convertido en un improvisado quirófano.

Cubierto con un lienzo, y sudando copiosamente, Manu estaba en manos del profesor, que manejaba los instrumentos que el mismo Manu iba indicando.

—Sé que le estoy haciendo daño —decía Van Hoffen.

—No piense ahora en esto. Necesito desprenderme cuanto antes de lo que me une con Akno. Utilice el ácido corrosivo.

—Pero...

—Hágalo, profesor. Es el sistema más rápido... Si no puedo resistir el dolor y me desmayo, use esto. —Y señaló aquella especie de encendedor.

—Sí, Manu.

—Vamos, dese prisa.

Van Hoffen también sudaba.

Directamente, de la probeta derramó un ácido sulfuroso.

Los ojos de Manu se agrandaron tanto que pareció iban a saltarle de sus cuencas. Sus dientes se apretaron y crujieron.

El dolor era intenso, pero aguantaba mientras el ácido quemaba su cuerpo.

—Ahora el otro preparado... Servirá de disolvente —pudo decir.

Van Hoffen admiraba la resistencia de aquel extraño paciente.

Por fin, todo terminó.

Manu estaba extenuado.

—Creí que no lo lograría...

Examinó aquella especie de medallón en forma de cubo que hasta entonces había estado unido al cuerpo de Manu como si también formara parte del mismo.

—¿Ahora es libre? —preguntó el profesor.

—Sólo temporalmente. Akno tiene otros sistemas para autodestruimos, pero le costará averiguar que no llevo la cadena y hasta que lo descubra estoy a salvo...

—Celebro haberle podido ser útil, Manu.

—Profesor... Mientras me operaba usted le he explicado lo que ocurre.

—Sí.

—¿Me ayudará?

—Es difícil, pero para un profesor, lo que usted propone es una auténtica tentación... Yo no tengo miedo, ¿sabe? Y creo que sus aspiraciones son justas. Hablaré personal* mente con mis colegas.

Pero entretanto...

*

Los robots dominaban por completo el corredor. Ya sólo faltaba derribar la puerta tras la cual se hallaban el presidente, los guardas, los profesores y la pareja Kora-Landan.

Este último fue quien sugirió:

—¡Manu! Es el momento de ponerle a prueba... El debe saber cómo combatir a esos muñecos metálicos, —No podrá salir —advirtió el presidente,

—Utilizaré la ventana.

—Quiero ir contigo —adujo Kora, resuelta.

—Es demasiado peligroso.

Pero Kora era demasiado terca y no vaciló en seguir al periodista que ya estaba al otro lado del ventanal.

Pasó a través de la comisa hasta la esquina. Ella 18 seguía.

Al fin consiguieron penetrar en una de las ventanas del ala opuesta.

El periodista esperó a Kora que en un momento estuvo allí.

—Esto es más seguro. Vamos. Intentaremos tomar un ascensor.

Pero en seguida comprobaron que los de aquel lado tampoco funcionaban,

—¡La escalera!

Apenas habían descendido dos plantas cuando un robot les cerraba el paso.

Una voz impersonal se dejó oír. Surgía del robot y Kora la reconoció como la voz del teléfono que había escuchado la primera vez que Akno solicitó hablar con el presidente.

La voz dijo:

—Es inútil, Kora... De un modo indirecto usted ha contribuido a retrasar los planes... También acompañará a los profesores.

El robot estaba allí, inmóvil, con las garras hacia él periodista.

Kora comprendió lo que iba a ocurrir.

—¡Cuidado! —advirtió.

Landan se lanzó hacia el suelo casi al mismo tiempo que las garras del monstruo comenzaban a despedir sus chispas corrosivas.

El periodista intentó atacar al robot por la espalda, pero era igual que darse de cabeza contra una pared.

—¡Arriba, Kora! —gritó Landan.

Entonces observó que uno de los barrotes de la escalera por efecto de las chispas se había desprendido.

Cuando el monstruo se volvió para proseguir la persecución de Kora, Landan le golpeó con el barrote utilizándolo como una estaca.

El robot se volvió y de nada sirvió que Landan disparara a quemarropa.

Tuvo que esquivar dejándose rodar por la escalera.

—¡Ve a buscar a Manu! —gritó ella.

El monstruo ascendió por la escalera. Parecía que a la muchacha quería apresarla viva.

Y ella empezó a correr por el corredor hasta llegar de nuevo a la ventana.

La comisa le sirvió para escapar momentáneamente, mientras Landan bajaba rápidamente para ir en busca de ayuda.

En la calle se habían concentrado las tropas que acordonaban el edificio.

Desde helicópteros se patrullaba y las órdenes se transmitían de prisa a través de las radios.

Landan oyó cómo uno de los oficiales advertía:

—Esperaremos la orden para atacar con Láser.

Pero el edificio estaba lleno de empleados, y el presidente, los científicos...

Landan se dijo que si Manu no podía combatir a los invasores, ningún arma sería lo bastante eficaz contra ellos.

No era posible telefonear porque las líneas telefónicas estaban bloqueadas. La presencia de los robots había paralizado todo el sistema de comunicaciones.

*

Un helicóptero especial fue puesto a disposición de Landan, que al cabo de mucho buscar consiguió dar con Manu.

El hombre de Aknolia continuaba con el profesor Van Hoffen.

Jadeante, el periodista expuso la situación.

—Akno quiere salirse con la suya «—murmuró Manu—. [Vamos allá!

—¿Cree que podrá hacer algo?

—Lo intentaré al menos.

—Hay tres robots por lo menos.

—O tal vez más. Cuesta poco «traspasarlos» de un lugar a otro. Akno mandará los que crea conveniente... —Tras una pausa, añadió —: Y cuando descubra que no puede destruirme, mi tiempo será más limitado...

El helicóptero los llevó raudos ante el edificio de la Sociedad de Naciones.

Pero era ya demasiado tarde.

Los dos robots de la planta presidencial habían acorralado a los científicos, mientras el perseguidor de Kora le había cortado la

retirada.

—¡No disparen! ¡No disparen! ¡No hagan nada! Llevan a los profesores —gritó el presidente.

Akno había ordenado la inmediata preparación de un vehículo espacial.

Y, entretanto, el tercer monstruo se aproximaba lento, pero seguro, hacia donde Kora había quedado acurrucada.

El robot despedía de sus garfios el fuego corrosivo formando una auténtica cortina imposible de franquear.

Poco después sus poderosas manos sujetaban a la muchacha.

CAPITULO XIV

La nave se quedó custodiada por uno solo de los robots. Los otros, obedeciendo órdenes, se dirigieron hacia el laboratorio para ir en busca del tercero de los profesores: Van Hoffen.

—Nada podemos hacer. Aunque consiguiera destruirles, Akno mandaría a otros.

—No podemos dejar que se los lleven.

—¡Vamos! —exclamó el de Aknolia.

El helicóptero les sirvió para adelantarse a los dos robots, pero éstos desplegaron una especie de alas de murciélago y se elevaron en persecución del helicóptero.

—Akno ha adivinado que vamos al laboratorio para evitar que Van Hoffen caiga también en su poder.

—¿Cómo puede saberlo Akno?

—Los robots tienen un radar especial.

—¡Cuidado! —advirtió el periodista viendo cómo uno de ellos se acercaba despidiendo chispas de sus garras.

—Acérquese cuanto pueda —dijo Manu.

El periodista obedeció y accionó los mandos de modo que dirigió el aparato como si fuera a chocar contra el robot volante.

Manu sacó el diminuto lanza rayos:

—No es un arma de ataque. Yo no vine preparado para atacar, pero de cerca puede conseguir algún efecto.

—Tenemos que acercamos demasiado. El fuego que desprende nos abrasará.

—Intentaremos un golpe de suerte.

Robot y helicóptero estaban a punto de chocar.

Manu dirigía el rayo hacia las ventanas que simulaban los ojos del monstruo.

El fuego cesó de salir de sus garras y perdió altura.

—¡Le ha alcanzado!

—Se reanimará en seguida, Akno cuidará de ellos. Pero tal vez nos dé tiempo.

—¡Cuidado! —exclamó el periodista—. Viene el otro.

Como un alud el segundo robot se les echaba materialmente encima.

En un alarde de serenidad y equilibrio Landan consiguió esquivar la acometida.

—¡Fuego! Ha alcanzado el fuselaje —gritó Landan.

—No importa. Trate de mantenerse.

El robot iniciaba una segunda pasada,

—Intentará desviarse —dijo Manu.

Aquella vez utilizó el cubito con la improvisada antena.

Dirigió el artefacto hacia un punto determinado manteniendo el botón apretado.

Aquello parecía frenar la marcha del robot volante.

—Es asombroso —exclamó Landan.

—Estos aparatos no sirven para los robots. Sólo Akno tiene los que poseen el poder necesario, pero de momento nos libramos de él.

—Estamos sobre el laboratorio —hizo notar el periodista.

—Manténgase. Intentaré derribar a nuestro enemigo.

Utilizando el otro artefacto, dirigió el rayo hacia el robot inmovilizado y rápidamente cayó.

Su enorme peso derribó parte de la techumbre de una nave secundaria del laboratorio.

Instantes después, Van Hoffen salía del local.

Fuerzas armadas y casi todo el personal se preguntaba el motivo de la alarma.

—Que cada cual se vaya a su casa y se encierre sin salir para nada a la calle —advirtió Manu—. Los robots no les atacarán a menos que les hagan frente. Han venido con una misión concreta.

Van Hoffen subió con el hombre de Aknolia y Landan.

—Le dejaremos en un lugar seguro, profesor —prometió Landan.

—¿Dónde están mis compañeros? —quiso saber el científico.

En aquel momento la respuesta llegó por radio:

—Un vehículo espacial está despegando en la base primera. El robot que quedó para custodiar a los presos se ha largado con ellos. —El informe procedía de uno de los controles.

Inmediatamente los dos hombres pensaron en la mujer. ¡Kora!

—Les perseguiremos... Con nuestras naves sólo pueden llegar a la estación interplanetaria.

Y en seguida Landan pidió fuera preparado un bólido espacial.

—Iré con ustedes —dijo el profesor Van Hoffen—. Dos de mis compañeros están ahí.

—Es peligroso —advirtió Landan.

—Pensaba ir de todos modos... Quiero hacer algo por ese planeta. Después de lo que me ha contado Manu no puedo negarme.

—¿Y qué le ha contado..,? —empezó el periodista sin dejar de mirar la trayectoria del bólido fugitivo.

—No importa ahora —repuso el propio interesado.

Poco después otras dos naves salían de la rampa de lanzamiento en persecución de los fugitivos.

Landan y los que iban con él tenían ya preparado el bólido pedido.

El presidente deseó a los expedicionarios una buena suerte.

La iban a necesitar.

CAPITULO XV

Landan conducía el bólido ligero intentando por todos los medios alcanzar al fugitivo.

Todavía quedaba lejos y tras él también marchaban los dos vehículos con fuerzas de la seguridad nacional en frenética persecución.

—Habrá que advertirles de que no intenten atacar —comentó Manu a su compañero de viaje.

Desde el vehículo, Landan estableció contacto con el cuartel general de Operación Espacio.

Contestó el jefe de la dotación de uno de los coches:

—Venimos detrás de ustedes y nuestro objetivo es llegar antes que ellos. No les ataquen.

—Comprendido —replicó una voz de otro bólido—. Sabemos que dos profesores y la secretaria del presidente Reuter van dentro.

Kora, desmayada dentro del vehículo espacial, comenzó a recobrarse. Junto a ella estaban los dos profesores que habían sido golpeados duramente y continuaban sin sentido.

El robot conducía la nave perfectamente.

Quedaban dos jomadas de viaje a pesar de la endiablada rapidez que cada conductor sacaba de la suya.

Manu tomó el micrófono para lanzar palabras de aliento, especialmente dirigidas a Kora: —Tenga calma, si hubieran querido matarla ya lo habrían hecho... No haga nada, ni se asuste, vamos detrás de usted.

El buen hacer de Landan permitió que su bólido se mantuviera a escasa distancia del fugitivo hasta llegar a la estación interplanetaria.

Allí el robot debía de efectuar el transbordo con sus prisioneros.

La voz de Akno habló por el monstruo de acero, conminándoles a obedecer.

—¡Salgan uno a uno! —añadió—. Se trasladarán a otro bólido.

—Akno ha enviado uno de nuestros antiguos bólidos a la estación interplanetaria.

Landan observó que el personal de la estación parecía haber desaparecido:

—Hay más de doce hombres... ¿Habrá sido capaz de matarles?

—Todo es posible en Akno —repuso el hombre de Aknolia.

—¿Descendemos?

—No. Avise a los bólidos de la policía que no se acerquen demasiado.

El periodista hizo lo que su compañero le sugería.

—¿Cómo piensa seguirles?

—Yo tengo mis propios medios... ¿Hay agua en la estación?

—Sí, desde luego.

—Necesito un lugar donde sumergirme.

—¿Sumergirse?

—Exacto.

—¿No puedo ir con usted?

—No. —Y como si comprendiera lo que Landan estaba pensando, añadió—: No se preocupe... Si todo sale como espero le devolveré a Kora sana y salva.

—Usted la quiere.

—Sí, Landan, ya se lo dije en una ocasión, pero le dije también que yo no podía amar a una mujer... Pero lucharé para que otras generaciones sí puedan amar, —No lo entiendo...

—No trate de entenderlo.

El profesor Van Hoffen sí comprendía, pero guardó silencio.

En la estación la voz de Akno hablaba por el robot:

—Dense prisa. Suban.

—¡Miren! —advirtió entonces Van Hoffen.

En una de las salas de la estación giratoria podían verse varias personas tendidas.

—Son los empleados —dijo Landan.

—Los han paralizado —puntualizó Manu.

Van Hoffen volvió a hablar:

—Quiero ir con ellos. Baje, Landan. Mis compañeros están ahí.

—De acuerdo, bajaremos.

—No cometan esa tontería —advirtió Manu.

Pero Landan ya descendía.

El bólido espacial descendió sobre la plataforma.

Cuatro robots estaban esperando.

Landan saltó:

—Suerte, Manu.

Van Hoffen les siguió.

La voz de Akno se dejó oír a través de uno de los nuevos robots:

—Bienvenidos... Ustedes también tendrán cabida en la nave. Suban y obedezcan.

Luego uno de los robots se volvió hacia Manu y la voz del jefe añadió:

—¿Crees haberte librado de mí, verdad, Manu? Te equivocas. Has roto el lazo de unión, pero sabes que puedo eliminarte con otros métodos, pero ya me ocuparé de ti. Estés donde estés llegará tu hora.

Los robots acordonaban prácticamente a los prisioneros.

Van Hoffen y el periodista se unieron a los otros,

Kora, al ver a Landan, le abrazó:

—No debiste haber venido... Estamos en manos de un loco que tiene poder.

El bólido de Akno se puso en marcha.

Su velocidad era infinitamente superior a las naves terrestres.

Landan preguntó a Van Hoffen:

.—¿Cómo se las arreglará Manu para seguimos?

—No nos seguirá. Posiblemente cuando lleguemos él nos estará esperando en alguna parte. Ahora es con el único amigo con que contamos.

—¿Pero cómo lo consigue? Habló de agua. ¿Recuerda?

—Seguramente en su planeta debe existir alguna plataforma electrónica que convierte sus cuerpos especialmente preparados para ser transportados a una velocidad infinitamente superior a la de la luz... En otros lugares donde no existe digamos, esa especie de plataforma «lanzadora», el agua la suple...

—¿Cómo?

—Por mediación de un generador de potencia suficiente para convertir una masa líquida en una fuente de energía continua. Esa masa se convierte en electricidad y alcanza los voltios suficientes para «transportar» los cuerpos... Claro que esto sólo es válido para seres como los que existen en ese nefasto planeta.

Se hizo un silencio.

La nave era conducida por un solo robot. Los otros se habían quedado y Akno los proyectó desde su torreta metálica.

Al cabo de un buen rato, fue Kora la que llena de curiosidad preguntó:

—¿Qué clase de operación practicó usted a Manu? Oí que hablaban de ello.

—Algo que debió resultarle extremadamente doloroso... En verdad nunca creí que pudieran existir seres como Manu.

—Pero..., ¿qué tiene de especial?

El profesor guardó silencio para contestar al fin:

—Más vale que no lo sepan. Parece algo increíble. De no haberlo visto con mis propios ojos no lo hubiese creído.

Kora y el periodista cambiaron una mirada de estupor. No acababan de comprender. Sin embargo, a Landan le interesaba otra cosa: —¿Vio las cicatrices de las balas?

—¿Qué balas?

—Las que le dispararon cuando huyó del laboratorio.

—¡Oh, no!

—Sin embargo, confesó que había sido él, y que le dispararon.

—Pero no existe la menor huella, posiblemente cuando fue a la central nuclear se soltó las perforaciones.

—¿Perforaciones? —preguntó ella.

—Sí. Es probable que hubiese «muerto» de no haberse proporcionado a sí mismo la cura que precisaba.

Y el bólido siguió a increíble velocidad.

Desde el visor acristalado podía verse ya la silueta del planeta que parecía aproximarse a pasos agigantados, como si el zoom de una cámara de filmar lo acercara de una manera rápida y automática.

CAPITULO XVI

El bólido descendió hasta la antigua plataforma en desuso.

Media docena de robots formaban una doble hilera y por entre ellos pasaron los cinco prisioneros.

Los robots se pusieron en marcha y la voz de Akno anunció:

—Pronto estarán en mi presencia.

No tardaron en llegar al edificio de mando.

La puerta metálica se abrió.

Ante ellos, en la nave principal, arrancaban las escaleras. Al fondo podía verse el monolito.

—Esto es lo que vimos a través del visor del teléfono —recordó Kora.

—Silencio. Están en el templo del más poderoso entre los poderosos —conminó la voz pastosa de Akno.

Los robots montaron guardia en los escalones.

El monolito se iluminó.

—Me gustaría saber qué hay detrás de ese armatoste —murmuró el periodista.

A pesar de haber hablado en voz baja, Akno replicó:

—Existe algo que ningún humano puede llegar a imaginar, pero ustedes no vivirán para verlo.

—¿Por qué nos ha traído hasta aquí si quería matarnos, Akno? —preguntó desafiante el periodista.

—Les necesito para mis experimentos y los profesores pueden ayudarme y al mismo tiempo dejarán de trabajar para el planeta Tierra. Lo que me había propuesto se ha cumplido.

La voz dejó de sonar y los presos, siempre custodiados por los robots, quedaron a la espera de los próximos acontecimientos.

Las esperanzas de salvación eran nulas.

Se hallaban solos, sin armas para combatir a aquellos seres dominados por un loco, o tal vez un monstruo.

Pero alguien velaba por ellos,

Manu,

*

Manu se había proyectado a sí mismo utilizando la piscina de la estación interplanetaria.

Se hallaba ya en Aknolia y corría hacia cierto edificio cruzando los puentes.

El conocía perfectamente el emplazamiento de cada casa y lo que

había en cada edificación.

Pasó al interior de lo que parecía un almacén fosforescente.

A través de un corredor llegó a una sala de control.

Varios cerebros electrónicos computaban datos y unas extrañas máquinas funcionaban produciendo signos raros.

Manu fue directamente al conmutador, tiró de la palanca y las máquinas cesaron en su funcionamiento.

Inmediatamente aparecieron dos gigantescos robots en una de las puertas.

Manu se encaró con ellos:

—Miradme bien. Soy Manu. El número 1.000.040 de la nueva era... Ahora Akno no puede escucharnos... Yo he sido siempre vuestro jefe. Estaba encargado de esta sala y todos me obedecíais...

Uno de los robots replicó con una voz cavernosa:

—Todos estamos a las órdenes de Akno; si vamos contra él seremos destruidos.

—Os repito que ahora Akno no puede oírnos. Estamos fuera de su control.

—Descubrirá la desconexión y mandará a su guardia personal.

—No tengáis miedo. En Aknolia han llegado tres hombres que pueden salvarnos... Recobraréis vuestra forma humana. Seréis como yo... Una nueva vida florecerá en el planeta si conseguimos destruir a Akno.

—Akno es indestructible —repuso el robot de la voz cavernosa.

Hablaba como un autómata, sin matizar, sin la menor emoción.

—Akno os convirtió en lo que sois, pero debajo de esa coraza de metal hubo una voz, unos músculos, unas vísceras, y un cerebro con el que pensar...

Tras un silencio los dos robots avanzaron hacia Manu.

En seguida aparecieron más formas gigantescas,

¡Estaban rodeando a Manu!

—¡Esperad! ¡Soy vuestro jefe! No podéis atacarme... Os destruiré... Yo tengo cerebro propio y poseo mayor fortaleza a pesar de vuestra desproporcionada corpulencia.

Los robots iban estrechando el cerco.

Las puertas metálicas se cerraron.

Doce criaturas rodeaban por completo a Manu,

—Está bien. Tengo medios para paralizaros.

Se encaró con el que tenía más cerca, que le cerraba completamente el paso.

El poderoso puño de Manu se incrustó en la parte delantera.

El robot emitió un extraño gemido.

Manu sacó a relucir unas púas parecidas a las garras de los monstruos metálicos y golpeó de nuevo al robot.

Las púas se hundieron en el metal taladrándolo.

Un líquido espeso que se evaporó a medida que iba cediendo indicaba perfectamente la herida sufrida por el robot que empezó a inclinarse hacia delante como si el metal de pronto se hubiese reblandecido.

—¡Le has matado! —dijo uno de los presuntos atacantes.

Manu, sin atacar a nadie más, saltó por encima del cuerpo rugoso del robot caído y corrió hacia uno de los pupitres. Manipuló en unas palancas y de un tabique de la pared surgieron cuatro cañones.

—Os destruiré si no me ayudáis —anunció.

—Para destruimos tendrías que conectar nuevamente la palanca y entonces volveríamos a estar bajo la influencia de nuestro gran jefe, el poderoso Akno —replicó uno.

—Correré el riesgo.

Los robots parecieron no hacer el menor caso y continuaron avanzando.

También de las recias manazas surgieron más afiladas púas.

Plantaban batalla abiertamente.

Manu, sin dudarlo, conectó de nuevo la palanca, y los cañones surgidos de la pared apuntaron a los monstruos metálicos.

—¡Por última vez! —exclamó Manu.

Nadie le hizo caso.

Manu pulsó la palanca y los cañones soltaron chorros de fuego.

Los robots comenzaron a emitir extraños sonidos, mientras sus cuerpos se tornaban rugosos, para caer retorcidos en el suelo tomando formas extrañas.

Pero entretanto...

CAPITULO XVII

En el tablero central del computador general de Aknolia, comenzaron a apagarse algunas lucecitas portadoras todas de un número.

Un robot examinaba atentamente los cuadros.

Avanzó rápidamente a través de un corredor para informar a su jefe:

—Poderoso Akno. Algo está sucediendo en la sala de controles. Se han apagado doce luces.

Akno replicó:

—Eso quiere decir que he perdido a doce súbditos... Buscad a Manu... Y los demás conducid a los prisioneros a la cámara subterránea.

Los tres profesores, junto con el periodista y Kora fueron empujados hacia una puerta de la que arrancaba una rampa.

Se deslizaron por ella perdiendo el equilibrio y cayendo amontonados.

Los robots continuaron empujando al quinteto hasta llegar a lo que parecía una especie de quirófano.

—Empezad por la muchacha...

Landan quiso impedir que uno de los robots la cogiera entre sus poderosos brazos.

Ella se debatía agitando brazos y piernas.

El periodista vio una especie de taburete pero al ir a cogerlo vio que era imposible moverlo, como si estuviera soldado.

Se lanzó contra el monstruo que lo apartó con un breve golpe dado con el brazo izquierdo, mientras que con el otro siguió sujetando a Kora.

La mujer quedó depositada sobre una mesa de operaciones.

Tres robots hicieron acto de presencia.

—¿Qué pretende hacer con ella? Salga, Akno. Salga y lucharemos cara a cara... —gritó desaforadamente Landan.

—Es inútil que grite —advirtió la voz del jefe—, Kora se convertirá en uno de mis servidores.

—¿Trata de convertirla en un robot?

i—En mi planeta no existen los sexos...

—Está loco, está loco —se lamentó imponente el periodista.

—¿Nos ha traído para que seamos testigos de sus barbaridades? —adujo Van Hoffen.

—No, señores... Ya les dije que me estorbaban en la Tierra, pero en Aknolia podrán desarrollar toda su sabiduría..., una vez les haya

convertido en obedientes muñecos.

—¡Piensa transformamos a todos! —se quejó otro colega.

El robot que había dado la noticia de la muerte de la docena de compañeros cortó momentáneamente la tensión para preguntar: —¿Cuáles son sus órdenes, gran jefe?

—Reúne a todos y traedme a ese renegado. Quiero a Manu vivo o muerto.

*

Manu había vuelto a desconectar los mandos.

Sin mandos en la sala de controles no había posibilidad de que funcionara ninguna de las armas, incluidas las manos de aquellos entes.

Pero los puentes que comunicaban con los distintos edificios no tardaron en poblarse de sicarios de Akno.

El único con forma humanoide era Manu que ahora intentaba dirigirse al almacén de armas.

Abrió la puerta y cuatro robots le impidieron el paso.

Se dirigió a la parte lateral y otros cuatro pequeños monstruos le cortaban también la salida.

Fue hacia la parte de atrás y también cuatro robots parecían esperarle.

Manu blandió los puños:

—¡Apartaos!

—Tenemos orden de llevarte en presencia del jefe —explicó uno de sus enemigos.

Por segunda vez el cerco se estrechaba,

Y comenzó la lucha.

Manu soltaba una y otra vez sus puños hacia adelante. Cada vez que sus nudillos alcanzaban el destino deseado crujía el acero.

Manu se multiplicaba y por las puertas iban apareciendo nuevos refuerzos.

Uno de ellos intentó dar el conmutador para que Akno, desde su puesto, pudiera darles instrucciones.

Manu se lanzó contra el robot derribándole.

Su cuerpo parecía tener mucha mayor consistencia que Ia de sus enemigos.

—Estáis locos, locos... Yo puedo proporcionaros la liberación —exclamaba Manu, sin dejar de pelear.

Dos de los monstruos metálicos habían quedado ya fuera de combate con sus panzas agujereadas y la materia que tenían a modo de piel convertida en algo rugoso, blando.

Era una lucha titánica, de cuya victoria dependería tal vez la

salvación de los presos.

Porque en aquellos momentos Kora acababa de ser anestesiada.

Los robots-médicos habían procedido a rociarla con el rayo paralizador.

Kora estaba completamente a merced de aquellos espantosos cirujanos.

Los que observaban nada podían hacer ante enemigos tan poderosos y todos creían ser víctimas de una terrible pesadilla.

—¡Esperen! —exclamó Van Hoffen—. Soy amigo de Manu. Manu es compatriota de ustedes. El me pidió que le ayudara... Y puedo hacerlo. Dejen de obedecer órdenes de un loco. Algunos de ustedes pueden recobrar' su antiguo estado..., dejarán de ser autómatas.

—No se canse, profesor —replicó la voz sardónica del jefe—. Son y serán siempre autómatas bajo mi control.

—¡Salga! ¡Salga de una vez, maldito! —rugió Landan.

—¿Para qué? Mi puesto está en el trono que ocupo. Un trono que me permite dominar la galaxia. Ser el más poderoso...

Uno de los robots portaba algunos objetos extraños que Van Hoffen identificó horrorizado: —¡Son órganos metálicos!

—Exactamente, profesor Van Hoffen —replicó la voz—. Órganos que irán conectados en forma corriente para estar bajo control.

Otro de los robots accionó una máquina de la que descendió un bisturí automático.

Iban a practicar una incisión que la voz de Akno se apresuró a comentar:

—Kora será despojada de todo cuanto de inútil posee el cuerpo de un humanoide. Su longevidad será eterna si no trata de revelarse... Yo construyo seres y los construyo a mi modo...

Landan no pudo resistir.

A pesar de saberse inferior se lanzó como un ariete hacia la mesa de operaciones y detuvo el bisturí en el momento en que éste iba a rasgar la delicada piel de Kora que permanecía inmóvil, inconsciente y sin ropa, naturalmente.

Consiguió apoderarse de los mandos del bisturí y lo esgrimió contra uno de los presuntos operadores.

Van Hoffen dijo a uno de sus compañeros:

—Ayúdele, Billón. Usted entiende de esto. Dese prisa.

El otro profesor saltó hacia adelante mientras Van Hoffen y el otro intentaban detener al robot encargado de su custodia.

—Déjeme a mí, Landan —dijo Billón.

Se apoderó del mecanismo.

El bisturí a modo de florete buscó el cuerpo de uno de los cirujanos metálicos perforando su coraza.

El cirujano dejó escapar por el agujero el extraño líquido que se

evaporó rápidamente perdiendo el color. '

Cayó con el cuerpo rugoso, mientras el profesor dirigía la improvisada arma contra otro de los pseudocirujanos.

—¡Acabad con él! —exclamó la voz del jefe.

—¡Cuidado! —advirtió Van Hoffen viendo cómo uno de los robots dirigía sus dedos hacia Billón para lanzarle sus llamas destructoras.

Billón quiso esquivar, pero el chorro le alcanzó de refilón.

Fue suficiente.

Billón lanzó un grito y se desplomó.

El periodista intentó recuperar el dominio de la máquina.

Van Hoffen descubrió algo que podía cambiar el curso de los acontecimientos.

En una percha se encontraban varias capas de material transparente, que eran muy finas, —Manu llevaba una...

¡Era la capa protectora que le hacía invulnerable!

El profesor se lanzó hacia la percha.

.—¡Acabad con él! —ordenó la voz de Akno.

—¡Al suelo, Van Hoffen! —espetó el periodista.

Al mismo tiempo lanzaba el bisturí hacia el robot que estaba al otro lado de la mesa.

El largo brazo del bisturí fue directamente al pecho del hombre metálico y quedó automáticamente perforado.

Sólo quedaban otros dos robots, pero Van Hoffen ya había alcanzado las capas.

Landan saltó al otro lado ágilmente.

Akno dio órdenes e inmediatamente el extraño quirófano se pobló de nuevos robots.

Otra vez habían quedado acorralados, sin posibilidad de proseguir la lucha e intentar escapar.

CAPITULO XVIII

Manu seguía luchando con tenacidad. Había abatido a varios de sus enemigos, pero la superioridad numérica se dejaba sentir.

Notó que varios de aquellos poderosos brazos le sujetaban por detrás tratando de impedirle todo movimiento.

Consiguió con un tremendo esfuerzo derribar a un par de contrincantes, pero todavía tenía ante sí a un verdadero ejército.

Sus ropas terrícolas estaban destrozadas.

Jadeando gastó sus últimas fuerzas.

La chaqueta hecha girones estaba en el suelo y notó que alguien le arrancaba la camisa.

—Podré con todos, con todos... Soy superior a vosotros. Yo tengo cerebro y entendimiento... Vosotros sois sólo unos malditos autómatas.

Alguien consiguió aplicarle un buen directo y Manu retrocedió.

Los que le sujetaban impidieron que cayera al suelo.

Otro golpe en el abdomen debilitó sus ya escasas energías.

Le soltaron.

Quedó tendido en el suelo, con el torso desnudo*

Se removió.

Entonces uno de los robots exclamó con soma, con desprecio:

—¿Es que no te has mirado, Manu?

El parecía demasiado aturdido para comprender,

—¿Es que no te has mirado? —repitió el otro.

Jadeante, Manu se incorporó.

—Observa tu cuerpo, Manu... Obsérvalo bien... Es como el nuestro. Eres un robot como nosotros.

—¿Eh?

Manu parecía regresar de un largo letargo.

—Sí. Eres un robot. Un ser metálico... No eres distinto... Te dieron forma humanoide, pero no eres más que un robot... No eres más que un robot...

Aquellas palabras Manu las escuchó aumentadas:

«Eres un robot..., un robot.»

—Lo sé... Lo sé. Soy un robot. ¿No lo comprendéis? ¡Quiero dejar de serlo! Vivir como en otras partes... La Tierra es un lugar maravilloso..., y yo..., yo quiero ser un hombre, y poder enamorarme... Ayudadme. Los prisioneros colaborarán con nosotros si llegamos a tiempo para salvarles.

Se hizo un profundo silencio.

Por fin uno replicó:

—Lo que pides es imposible. Somos criaturas de Akno. El es nuestro dueño y señor. Tú te has convertido en un rebelde.

—¿No queréis ayudarme?

—No podemos. No tenemos inteligencia propia.

—Yo sí la tengo... Me he desconectado por completo de la influencia de Akno. No puede destruirme... Mirad mi pecho... La cadena que me unía al cerebro regidor no está... Me la arranqué y sigo viviendo, sigo pensando...

Se produjo otro silencio.

—Sé que alguna vez fui humano, como vosotros. No sé de dónde vengo ni de dónde procedo, pero soy fuerte, podemos empezar de nuevo... Mirad en torno vuestro. Salid y mirad, vivimos en un planeta muerto...

Nadie contestó.

—Sois unos cobardes-

—No, Manu, no lo somos —musitó otro—. Pero estamos dominados por Akno.

—Arrancaos la cadena. Por eso quería traer a los profesores. Ellos pueden hacerlo.

—Además de la cadena vivimos por la energía que genera el cerebro regidor de Aknolia... Sin esa energía seríamos entes muertos.

—Tenéis miedo... Lo tenéis...

—Ven con nosotros, Manu. Nuestro deber es entregarte a Akno. Y que decida tu suerte.

Tuvo que obedecer, ya no podía luchar contra un ejército que todavía sumaba un número de treinta gigantones metálicos.

Salieron al exterior.

Cruzaron por el antiguo edificio de defensa.

Allí se guardaban las viejas armas que ahora ya nadie usaba porque cada uno de los robots poseía su propia defensa.

Pensó que todavía le restaba una posibilidad.

Iba entre aquellos seres.

Podía intentarlo. Podía si...

Tomó impulso. Empujó al que tenía más próximo y se lanzó contra la puerta.

El metal de su cuerpo chocó contra la lámina que cerraba la entrada.

La puerta se abrió.

—Perseguidle —dijo el robot jefe.

Manu estaba ya dentro del almacén y corría por entre los antiguos estantes.

Allí había toda clase de armas.

El las conocía bien.

Cogió un fumigador «continuo».

—¡Quietos! —exclamó encarándolo con sus seguidores.

Se detuvieron. Casi todos conocían el poder de aquellas armas.

—¡Atrás! ¡Atrás!

Los robots retrocedieron.

Manu llegó hasta la puerta y la cerró.

Corrió con todas sus fuerzas por el pasadizo hasta alcanzar otra salida.

Siguió en impresionante carrera a través del laberinto de puentes elevados.

Más allá, ya cerca estaba el edificio del monolito.

Saltó hacia una de las azoteas circulares.

Otro pasadizo y llegaría ya al edificio central.

Pero... ¿Llegaría a tiempo de salvar a los terrícolas?

CAPITULO XIX

El bisturí automático bajó con exacta precisión sobre el vientre de Kora.

Un hilo de sangre comenzó a manchar su delicada piel y Landan tuvo que volver el rostro.

El bisturí iba a proseguir la incisión, cuando surgió Manu con el arma en la mano.

—¡Quietos! Ni un solo movimiento más.

Los robots se volvieron hacia el recién llegado.

La voz de Akno se dejó oír:

—Has llegado demasiado lejos, Manu. Ahora te enfrentas abiertamente conmigo...

—No le hagáis caso. Ella no puede nada. Estas armas son más poderosas.

—¡Atacadle! —ordenó la voz.

Un robot inició un movimiento.

El chorro destructor del fusil perforó la plancha del robot y una llamarada le convirtió en una antorcha viviente durante unos breves momentos.

—Tómela, Landan —dijo entregando el arma al periodista—. Yo cuidaré de Kora.

La incipiente herida de la muchacha continuaba sangrando.

Manu extrajo su pequeño aparato en forma de encendedor. Lo graduó para la función a desarrollar y dirigió el invisible chorro hacia la herida de la muchacha.

Todos pudieron comprobar los fulminantes efectos.

La sangre dejó de manar y la herida quedó cerrada.

—¿Láser? —inquirió el profesor Van Hoffen.

—Es más poderoso. El mecanismo contiene diversos tipos de rayos... Puede cicatrizar heridas internas... Creo que en su planeta sirvió ya con un niño. Con las heridas exteriores resulta más fácil.

—¡Atacad! ¡Atacad! —gritó entonces la voz del amo del planeta.

—¡Dispare contra el que se mueva, Landan! —exclamó Manu.

El periodista accionó el fusil y los robots permanecieron inmóviles.

—¿Se da cuenta, profesor Van Hoffen? —murmuró Manu—. Les dirige un cerebro, pero ellos también pueden pensar por su cuenta... Podemos salvar a esos hombres.

—Sí... Se puede intentar.

—¡Cobardes! —gritó Akno—. ¡Cobardes! Tenéis que obedecerme.

Otro de los robots pretendió abalanzarse contra el periodista, pero éste accionó la palanca percutora y el rayo quemó al robot con la

rapidez y eficacia que había extinguido al otro.

—Profesor... Cuide de Kora —pidió Manu—. Y usted, Landan, venga conmigo. Es el momento de terminar con Akno.

Le indicó el camino.

—Voy con ustedes —exclamó el otro profesor superviviente.

—Un momento... —Manu sacó de nuevo su pequeño encendedor —. ¿Seguís estando de parte de Akno? —preguntó a los robots.

No hubo respuesta.

—Está bien... Tendréis tiempo de pensarlo.

Dirigió diversos chorros del gas invisible que dejó paralizados a los seres metálicos.

—No se preocupe, profesor... Ahora ya no le molestarán.

Manu tomó la delantera. Tras él corría el periodista y el profesor.

En la planta superior tomaron aquella suntuosa escalinata hasta llegar frente al monolito.

—¿Dónde se oculta Akno? —inquirió Landan.

—Al otro lado. Hay una puerta oculta en el piso superior.

—¡No intentéis subir! —gritó la voz de Akno—. ¡Os destruiré!

Pero nadie se detuvo.

En el rellano superior existía la entrada al monolito.

La voz de Akno seguía gritando:

—Antes de que podáis atentar lo destruiré todo. Acabaré con el planeta.

—¡De prisa! ¡Hay que derribar esta puerta! —exclamó Landan.

—Deme el fusil.

Landan se lo pasó.

Manu accionó el percutor y el chorro dio de lleno en la entrada metálica.

—¡No cede! —exclamó el profesor.

—Necesitamos algo más potente. No se mueva, Landan, Voy al almacén.

Salió corriendo del edificio..

Fuera los robots parecían estar esperando una orden para atacar.

Manu quedó un momento indeciso. Sabía que si caía en sus manos difícilmente podría librarse.

—¡Atacadle! Va desarmado... —gritaba la voz de Akno Que resonaba por todo el ámbito.

De la ventana superior asomó Landan y accionó varias veces la palanca percutora.

El chorro de fuego fue una advertencia para los robots.

Manu echó a correr por las pasarelas superiores para entrar de nuevo en el almacén.

Tomó un pequeño cañón extremadamente ligero, tipo antiguo bazuca.

Salió con él.

Desde la ventana, Landan seguía manteniendo a raya a los robots.

Manu regresó con los demás:

—Con esto echaremos la puerta abajo.

Quizá fue en aquel momento en que Landan se fijó en el torso desnudo de Manu.

Observó su piel metalizada y cambió una mirada con el profesor.

Manu disparaba contra la puerta.

Lo que había detrás de aquella lámina indestructible podía ser el fin para todos.

La nueva arma dio el resultado apetecido, pero la materia resistía y fue necesaria una larga descarga para conseguir que se practicara un agujero.

Manu continuó abriendo fuego hasta que el agujero fue lo suficientemente grande para que pudieran pasar los tres.

Estaban en el cuerpo medio del monolito.

—¡Arriba! —indicó Manu.

Subieron los tres.

Al llegar al rellano intermedio había una puerta entornada.

—¡Cuidado! —advirtió el periodista,

Manu la empujó con el pie.

Aquello tenía todo el aspecto de un dormitorio.

El lujo y la buena disposición correspondían indudable* mente a quien durante tiempo gobernó como dueño y señor.

—No hay nadie —murmuró el profesor.

Manu indicó que continuaran subiendo y como de costumbre tomó la delantera.

—¡Alto! Deteneos. Es vuestra última oportunidad —exclamó la voz del amo.

Estaban ya en la sala superior.

Unas láminas enormes cubrían la parte del monolito que daba a la escalinata.

Y las láminas comenzaron a ceder…

Los tres hombres aguardaron expectantes.

Por entre las dos hojas surgió alguien al que no esperaban.

CAPITULO XX

—¡Una mujer! —exclamó Landan.

—Es extraordinario —replicó el profesor.

Era una mujer de aspecto humanoide y lucía un atuendo semejante al de cualquier muchacha de la Tierra.

Su anatomía era también similar.

—¿Tú eres Akno? —inquirió Landan, sin dejar de apuntar.

No fue su boca la que respondió, sino Ia inconfundible voz que habían estado oyendo de continuo: —Nunca podréis regresar. Vuestra osadía os costará Ia vida.

—No es ella la que habla.

—Aparta —Manu cuidó de ella mientras el profesor y Landan tomaban la delantera.

Tras aquella puerta existía un complicado mecanismo.

El profesor lanzó un silbido asombroso:

—Es el cerebro más perfecto que he visto en mi vida... Es natural que por sí solo pueda regirlo todo.

—¿Quién más hay contigo? —inquirió Landan a la muchacha.

—Nadie —balbució ella.

Había un rictus de odio en su expresión.

—¿Quién maneja el cerebro? —siguió preguntando Landan.

—¡El cerebro no lo maneja nadie! —respondió «la voz»4

Por fin la muchacha se mostró más explícita:

-—Mi padre lo creó y muchos quisieron apoderarse de él. Murió defendiendo su obra y juré que nadie me lo arrebataría...

Entonces varios de los electrodos comenzaron a lanzar destellos. El sistema de alumbrado osciló.

Miles de luces se encendieron y se apagaron y del exterior comenzaron a llegar explosiones.

—¿Qué es lo que ocurre? —inquirió Landan.

También fue el cerebro quien respondió:

—¡Autodestrucción!

—No podréis con él —sonrió la mujer—. No podréis. Es perfecto. Lo ha creado todo y tiene poder para autodestruirse.

—Evítelo, profesor —pidió Manu.

.—Necesito a Van Hoffen.

—Vaya usted a cuidar a Kora, Landan. Dese prisa.

El periodista salió para dirigirse al subterráneo.

Poco después, Van Hoffen estaba junto a su colega superviviente.

—Hay que trabajar de prisa... —dijo Manu.

—No lo conseguirán —repuso la mujer—. No lo conseguirán.

Manu se volvió hacia los científicos y en aquel momento la mujer aprovechó para huir por la escalera.

Manu trató de seguirla.

—Déjela —pidió Van Hoffen.

—¡Autodestrucción! —seguía gritando el cerebro.

Los dos científicos trabajaban tratando de desmontar las piezas clave.

Manu alcanzó a la mujer:

—¿Por qué...? ¿Por qué hemos vivido como unos esclavos de tus caprichos?

—Asesinaron a mi padre..., querían apoderarse de su obra.

—Este no es motivo para crear una ciudad de robots.

—Yo no la creé. Fue el cerebro.

—¿Y también es el cerebro quien odia a las mujeres?

—No. Soy yo quien las odio, y el cerebro me obedece. Capta mis pensamientos...

—¿Por qué? ¿Por qué? —seguía Manu preguntando con frenesí.

En la calle seguían las explosiones.

Un núcleo de edificaciones se vino abajo.

Otro núcleo estalló en llamas.

Autodestrucción.

Los robots permanecían inmóviles como si de repente toda la energía que les permitía moverse hubiese desaparecido de su estructura.

—¡Autodestrucción! —La voz del cerebro se hacía monótona.

—Fueron las mujeres quienes desencadenaron la última guerra. Hembras guerreras... Los hombres se dejaron embaucar por ellas y abandonaron la lucha, entregando el planeta a las invasoras... Ellas mataron a mi padre... Por eso desde entonces no he querido que ninguna mujer pisara Aknolia si no era para destruirla... Y ahora, Manu, puedes matarme si quieres... Cuando el cerebro lo haya destruido todo tú también morirás... Puedes pensar, sí..., puedes pensar por tu cuenta e incluso actuar, pero cuando la energía que os mantiene a todos falte, no quedará un robot viviente y tú también eres un robot...

La mujer escapó.

Manu quedó indeciso.

Apuntó un momento con su fusil.

Ella corría ya por uno de los puentes,

—¡Autodestrucción!

La voz del cerebro sonaba con menos firmeza.

Sonó otra explosión.

Un edificio estalló y las llamas envolvieron a la mujer, Manu vio cómo aquella muchacha se convertía en una antorcha.

—¡Autodestrucción!

La exclamación había perdido la mitad de su potencia. Manu corrió de nuevo hacia lo alto del cerebro, —Autodestruc...

El cerebro ya no tenía fuerzas para completar la frase. Las explosiones cesaron.

Los electrodos habían dejado de funcionar, sólo quedaban algunas luces y seguía la fuente de energía que iluminaba los interiores.

Van Hoffen se volvió hacia Manu.

—Puede ser verdad lo que el cerebro dijo —manifestó.

—¿A qué se refiere?

—Si lo inutilizamos... —no concluyó la frase.

Manu comprendió:

—Sí. Es un riesgo...

—Usted también puede morir, Manu.

—Lo sé.

—No puedo continuar.

—Desmóntelo totalmente, profesor... Mientras el cerebro funcione todos seguiremos siendo autómatas.

Las manos del profesor vacilaban.

.—¡Desmóntelo!

Autodestruc...

Van Hoffen manipuló en unos cables.

—Es la energía. No cabe duda —comentó con su colega.

Quitó el hilo.

—Autodes...

Faltaban todavía otros dos.

Van Hoffen quitó el penúltimo.

—Aut...

El cerebro ya carecía totalmente de fuerza.

Van Hoffen lanzó una última mirada a Manu.

Con el último clave se apagaría la última luz. El planeta carecería de energía y con ello Manu podía caer con el resto de los hombres metálicos.

—Sáquelo, profesor... Sáquelo.

Van Hoffen asintió.

Sus manos desconectaron al fin el último cable.

Y entonces...

*

En el exterior algunos de los robots se desplomaron como fulminados.

Otros dieron unos pasos con indecisión para terminar sentándose.

Van Hoffen y su colega miraban a Manu.

Sus ojos se habían vuelto brillantes y su tez humana adquirió el color metálico de su cuerpo.

Tuvo que apoyarse.

Kora, recuperada, acababa de llegar junto con Landan.

Se produjo un profundo silencio.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Van Hoffen.

—Creo... Creo que bien. Algo débil. Sí, algo débil.

—No soy médico, pero..., juraría que está empezando a recobrar su condición humana.

—¿Usted cree, profesor...?

—Y me quedaré para averiguarlo... Claro que... Pasará mucho tiempo... Y resultará curioso averiguar las causas de este fenómeno.

Kora se acercó sonriente:

—Sabemos que gracias a usted hemos podido salvamos.

—Fui a la Tierra a sembrar la destrucción, pero allí aprendí muchas cosas... Me sentía en deuda con ustedes y también necesitaba de su ayuda.

EPILOGO

Cierto que la falta de energía produjo algunas bajas, pero la mayoría superaron la prueba.

Más tarde Van Hoffen aventuraría:

—Tal vez los «muertos» son los auténticos robots, los que se crearon con el cerebro, o los que fabricaban en ese siniestro quirófano con materias artificiales, pero quienes procedían de estructura humanoide, estoy convencido de que sobrevivirán.

—¿Está decidido a quedarse, Van Hoffen? —preguntó el periodista.

—Sí. Aquí hay mucho trabajo y mucho que aprender... Denme una temporada. Creo que cuando regrese al planeta Tierra podré aportar muy útiles conocimientos. De momento a ustedes les basta con mi colega.

—Le envidio, profesor —replicó su colega más joven—. Pero comprendo que alguien debe recoger los datos que usted transmita.

Kora quedó un momento mirando a Manu:

—Yo también me quedaría. Tal vez pueda ser útil.

—No, Kora... Su destino está al lado de Landan. Yo no podría hacerla feliz... Pero cuando sea un ser humano de verdad quizá regrese al planeta Tierra y si tengo suerte encontraré una mujer como usted.

Kora le dio un beso de despedida.

El bólido con el que debían regresar a la Tierra les estaba aguardando.

Landan agitó la mano. Kora se volvió también para dar un último adiós al hombre que había sido designado para destruir los avances de la Tierra y acabó convirtiéndose en su mejor aliado.

Sólo hubo que lamentar la baja del profesor Billón, pero no hay victoria sin su tributo.

Y el bólido se alejó por los aires.

Para la Tierra, la experiencia que Van Hoffen empezaba a adquirir y seguiría adquiriendo iba a ser beneficiosa.

Y mientras, los hombres metálicos de Aknolia confiaban en que el profesor estudiara el modo de volverlos, aunque fuera lentamente, a su condición de seres de carne y hueso.

FIN